



Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Elecciones Presidenciales

Simón llama por radio a Baby y le pide ayuda con urgencia. «El chino Yi King ha escapado… Elecciones presidenciales… Busque King…», dice entrecortado y luego ya no puede decir nada más. Cuando llegaron a ayudarlo, ya estaba muerto.



Lou Carrigan

Elecciones Presidenciales

Brigitte en acción - 273

Archivo Secreto - 251

ePub r1.0

Titivillus 01.10.2017

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Silencio.

Silencio absoluto: alguien está escribiendo un libro. Un libro sobre la vida, la muerte, el amor y el odio.

Alguien que podría escribir varios enormes volúmenes sobre espionaje, pero que ha superado ya esa etapa de contar vivencias personales para pensar, mucho más allá, para buscar aún más lejos de las actuales actividades del Hombre.

Porque a fin de cuentas…, ¿qué es, realmente, el hombre? ¿Puede ser cierto que hace muchísimo tiempo salió del mar y se adaptó a la Tierra? ¿Desciende del mono? ¿Es una variedad de mono, pero más inteligente que los monos que hacen vida en los árboles? ¿Es una especie aparte, quizá la primera que apareció en la tierra? En ese caso, las demás especies no son más que malas imitaciones del hombre. ¿O, por el contrario, quizá es el hombre la última especie en aparecer en, la tierra, y se ha convertido en la más inteligente de todas las especies porque se apropió de lo mejor de las demás especies, quedando así formado lo que llamamos ser humano?

Si. Realmente, el ser humano es un animalito digno de ser detenidamente estudiado. ¡Hay tantas cosas sorprendentes en el ser humano!

¡Tantas…!

… Me pregunto muchas veces, por ejemplo, en qué consiste realmente el cerebro humano. Y me refiero al humano porque parece ser que es el más inteligente, en la actualidad. Admitiendo que esta creencia puede ser objeto de una larguísima discusión aparte, ya que está comprobado que el hombre desconoce cosas de la naturaleza que conoce un simple gato y hasta un pájaro, analicemos el cerebro del nombre. ¿Es una copia de grandes y perfectísimas computadoras que hubieron hace miles de años, quizá

millones, en alguna parte del universo? ¿O como parece más fácil de creer por nosotros, va a resultar que los cerebros electrónicos, las grandes computadoras, son sólo malas copias del cerebro del hombre?

En este caso, el cerebro del hombre debería ser capaz de resolver mejor y más rápidamente que las computadoras cualquier problema que se le presentase. Y no sucede así, ciertamente. ¿Por qué? ¿Es porque el cerebro del hombre no es tan inteligente como pensamos? ¿O es porque el cerebro del hombre ha sido tan hábilmente manipulado, en determinado momento de su evolución, que ahora ha quedado reducido a un simple conjunto de reacciones tipificadas? En cierto modo, podríamos considerar el cerebro del hombre como una *cassette* virgen, que es capaz de grabar, o sea, de «aprender», todo lo que le ordenen, todo lo que le graben; simplemente, cualquier información o conocimiento queda grabado en la cinta, y cuando se precisa esa información, sólo hay que reproducir esa parte de la cinta. Lo mismo podría ser el cerebro del hombre: una cinta capaz de grabarlo todo, de almacenar todos los conocimientos que le faciliten. Pero…, ¿qué ocurre si a ese cerebro sólo se le facilitan determinados conocimientos y se le ocultan otros? Pues, ocurre que se convierte en un ser incapaz de funcionar a pleno rendimiento, ya que le faltan conocimientos. Es como si a un niño, en la escuela, le enseñasen solamente a sumar, restar, multiplicar…, pero no le enseñasen a dividir: resulta evidente que, en estas condiciones, el niño no podría resolver todos los problemas que se le presentasen en la asignatura de matemáticas, sino tan sólo aquellos en los que interviniesen operaciones de suma, resta y multiplicación.

Lo mismo han hecho con el hombre.

En determinado momento de nuestra historia, de nuestra evolución física y mental, algo o alguien cortó, interrumpió, detuvo el… suministro de información verdadera y total para las nuevas generaciones. Y ahora, el hombre va buscando con desesperación una verdad que le permita vivir con paz y alegría. Una verdad, esto es lo más triste del caso, que seguramente ya conocía cuando, tiempo atrás, estaba en pleno conocimiento de las cosas, cuando no se le había cortado el suministro de conocimientos y cultura, cuando aún no se le había convertido en máquinas programadas,

con sólo determinados conocimientos…

Brigitte Bierrenbach Montfort, neoyorquina, periodista con el premio Pulitzer en su haber, responsable de la Sección Internacional del matutino Morning News de la ciudad de Nueva York, detuvo la pluma sobre el papel, y quedó pensativa.

¿Valía la pena seguir escribiendo aquello? Como siempre, su objetivo sería, al final, explicar, una vez más, que la maldad es un signo de escasa inteligencia, de la baja calidad humana. La bondad, en cambio, es el reflejo de una mente llena de luz, de sabiduría, y, por lo tanto, de amor.

¿Y qué es el amor?

Brigitte sonrió, movió la cabeza, y alargó uno de sus bracitos de seda hacia los cigarrillos.

«Me parece que me estoy complicando la vida».

Encendió el cigarrillo, y quedó pensativa de nuevo. ¿Acaso ella era bondadosa? Cierto, era una famosa periodista, conocida y admirada en el mundo entero, pero era también una peligrosísima espía… Nada menos que la agente Baby, de la CIA. La secretísima agente Baby, la espía más peligrosa del mundo, la más implacable. Implacable… Había matado en muchas ocasiones. Ella había… interrumpido muchas vidas. Entonces, ¿ella no tenía bondad? ¿Era un ser de baja calidad humana?

«Honradamente, debo responderme que no es así. No, no soy de baja calidad humana, ya que aquellos a quienes maté, tenían que desaparecer, porque ellos sí eran de baja calidad humana, y estaban perjudicando a la humanidad, a los demás seres humanos. Por lo tanto, incluso como espía, pese a haber matado, en muchas ocasiones, mantengo un alto nivel de calidad humana…».

Dejó el cigarrillo recién encendido en el cenicero de auténtico y purísimo cristal de Bohemia, y tomó de nuevo la pluma estilográfica.

Silencio.

Los pensamientos de Brigitte Montfort seguían fluyendo, fluyendo, fluyendo… ¿Qué hora era? No le importaba. Seguramente eran las once de la noche, pero no le importaba. Estaba allí, escribiendo y pensando, o pensando y escribiendo, y eso era lo único que valía la pena, en aquel silencio… Lo mismo daban las once de la noche que las cuatro de la madrugada. Lo único que

quería era pensar y escribir, en aquel silencio que…

La puerta de su despacho privadísimo, en el piso veintisiete del Crystal Building de Nueva York, se abrió bruscamente, y apareció Peggy, la ama de llaves de Brigitte.

—¡Señorita…!

—¡Santo cielo, Peggy, qué susto me has dado! —Casi saltó Brigitte en el sillón, tras la mesa—. ¿Qué es lo que ocurre?

Quien parecía asustada era Peggy, la pecosa y rubia sirvienta, que tantos años llevaba ya junto a Brigitte.

—¡La están llamando por la radio, señorita!

—¿Por la radio? —exclamó Brigitte.

Se puso en pie, y salió a toda prisa del despacho, corriendo hacia el dormitorio. Entró en éste, precipitándose hacia el armario…, y se volvió para mirar, sorprendida, a Peggy, que llegaba tras ella. Muy sorprendida, porque no eran frecuentes aquellos fallos en Peggy; no solía gastar bromas, por supuesto… Así que Brigitte no se explicaba que Peggy le hubiera dicho que la llamaban por la radio disimulada en el armario, y que la ponía en contacto directo con Charles Alan Pitzer, jefe del sector Nueva York de la CIA, y que ahora, ella comprobase que la radio seguía escondida, y, por tanto, que no podía estar en funcionamiento…

—¡La de bolsillo, señorita! —exclamó Peggy, al mismo tiempo que Brigitte lo comprendía así.

La pequeña radio de bolsillo que ella solía llevar consigo en sus desplazamientos, para efectuar contactos locales con los agentes de la CIA, estaba en uno de: los departamentos del armario, junto al abierto maletín rojo con florecillas azules. Brigitte la tomó rápidamente.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Baby…, soy… soy Simón… ¿Por qué no me… no me ha atendido en seguida…?

La divina espía palideció.

—Simón, ¿qué le ocurre?

—Estoy… estoy en el 28 de la Avenue B, cerca… cerca de Tompkins Park, apartamento 405… Busque al chino Yi King… él ha escapado… elecciones presidenciales… elecciones… trucadas por… busque… King… creto chino.

Y el silencio.

Silencio absoluto, cuando la comunicación fue cortada… Pero no. No, no, no había sido cortada. Simplemente, Simón se había callado, tras emitir un suspiro que más bien era un gemido.

—¿Simón? —Se tenso la voz de Brigitte—. ¿Simón? ¡Simón! ¿No me oye? ¡Simón, soy Baby! ¡Conteste!

No hubo respuesta alguna. Lívida, Brigitte comprendió que aquel espía ya no contestaría jamás. Aquel hombre, aquel agente de la CIA al que, como a todos, ella llamaba Simón, cosa que todos sabían, ya no hablaría nunca más, estaba segura de ello.

Con la pequeña radio todavía en la mano, Brigitte se sentó, se dejó caer, más bien, en una de las butaquitas del dormitorio. Pero estuvo así apenas cinco o seis segundos. Reaccionó en el acto, poniéndose en pie y mirando a la asustada Peggy, que la contemplaba con ojos muy abiertos.

—¿Qué ha ocurrido exactamente, Peggy?

—Pu-pues…

Brigitte comenzó a quitarse la bata casera, mirando a su ama de llaves con leve irritación.

—No tartamudees: sólo dime lo que ha ocurrido.

—Sí, señorita… Bueno, estuve viendo la televisión hasta que terminó, porque sabía que usted se acostaría tarde esta noche, así que no tenía prisa en arreglarle el dormitorio y la ropa de…

—Peggy —refunfuñó Brigitte, que estaba completamente desnuda, eligiendo ropas del armario—, la radio estaba en el maletín, la oíste sonar, puesto que cuando estoy en casa siempre la dejo con la onda de Nueva York. Te sorprendiste, vacilaste, abriste el maletín, etcétera, etcétera. Finalmente, contestaste a la llamada. ¿Qué fue lo que oíste exactamente?

—Bueno, ese hombre preguntó: «¿Baby?» Y al mismo tiempo que yo le decía que no era yo, pero que iba a avisarla a usted en seguida, él decía que estaba herido de muerte, así que… que me asusté y corrí a avisarla a usted. Eso es… es todo, señorita.

—Debiste escucharle a él, o al menos haber ido al despacho con la radio, no dejarla aquí.

—Lo siento. Me asusté, no se me ocurrió…

—Está bien. ¿No dijo nada más? ¿Sólo preguntó por mí, y dijo que estaba herido de muerte? ¿No dijo absolutamente nada más que tú oyeses?

—Estoy segura de que no.

Brigitte terminó de vestirse a toda prisa: pantalones largos, un jersey oscuro, zapatos oscuros de medio tacón, silenciosos, flexibles… Metió el pequeño transmisor de bolsillo en el maletín, se aseguró de que dentro de éste estaba su pistolita de cachas de madreperla, lo cerró, y se dirigió hacia la puerta.

—Llama a tío Charlie… Pero no por la radio del armario, no es necesario. Utiliza el teléfono. Dile lo que ha pasado, y que yo voy ahora mismo al 28 de la Avenue B, apartamento 405.

* * *

Estaba muerto.

Yacía tendido boca abajo, con una mejilla aplastada contra el suelo. Sus ojos estaban abiertos, visibles sus claras pupilas. En la boca había un rictus de dolor y de rabia. Tenía una pistola en la mano derecha, y la radio de bolsillo en la izquierda. Todavía estaba abierta, consumiendo energía… Pero aquella energía era fácilmente restituible, mientras que la energía vital del hombre jamás podría ser repuesta.

En su espalda se veían algunas manchas de sangre, empapando la chaqueta deportiva. Chaqueta deportiva, a aquella hora de la noche… Bueno, cada cual viste como quiere, realmente.

Había sido un hombre joven y hermoso. Sus rasgos eran realmente bellos, viriles. Sus manos eran también hermosas, fuertes. Cabellos lisos, largos. Un hermoso joven, que ya había terminado con todas sus preocupaciones. ¡Qué claros habían sido sus ojos…!

Brigitte le bajó los párpados, y se estremeció al notar su frialdad. Hacía apenas veinte minutos que había hablado con aquel hombre, es decir, que sólo podía llevar muerto ese tiempo, y ya estaba frío… Se estaba enfriando rápidamente. Cuando le tocó la frente, tuvo aquella sensación de siempre, de que los muertos parecían de cera y de goma.

Con gran cuidado, Brigitte retiró del bolsillo interior de la chaqueta la billetera del cadáver. Se llamaba Ronald Carslile. Ya ni importaba saber su nombre, su nombre verdadero. Mientras estaban con vida, para Brigitte todos los agentes de la CIA se llamaban Simón, simplemente. Todos. De este modo, no podría jamás delatar

a ninguno. Pero una vez muertos…, ¿qué más daba?

El permiso de conducir indicaba que se llamaba Ronald Carslile, que tenía treinta y dos años, que residía en Washington… ¿En Washington? ¿Y qué hacía en Nueva York?

La agente Baby se incorporó junto a Ronald Carslile, y dio una vuelta, de primera ojeada, por el pequeño apartamento. A simple vista, no parecía que hubiese nada importante allí…, salvo las señales de varios balazos en las paredes. Ligeramente sorprendida, Brigitte regresó al comedor-salón del apartamento, donde yacía el cadáver, para examinar el cargador de la pistola de éste. No faltaba ninguna bala, es decir, que Ronald Carslile ni siquiera había tenido ocasión de replicar al ataque, de defenderse. Simplemente, le habían acribillado… Había recibido balazos por el pecho y por la espalda.

Otra cosa que le sorprendió; en el armario del único dormitorio del pequeño apartamento había una maleta vacía. Eso era todo. No había ropa en el armario, ni en la maleta, ni en ninguna parte… Una maleta vacía, y asunto terminado.

Eso era todo lo que había en aquel apartamento: una maleta vacía y un cadáver.

De pronto, Brigitte se volvió hacia la puerta del dormitorio, mientras como por arte de magia aparecía en la mano la pistolita, que quedó firmemente apuntada hacia allí…

—Somos nosotros —le llegó la voz de Charles Alan Pitzer.

La espía regresó al comedor-salón, dónde estaban Charles Pitzer y su ayudante en la floristería donde la CIA había instalado la jefatura del Sector Nueva York. Para Brigitte, el simpático ayudante de Pitzer, al que conocía hacía ya mucho tiempo, era Simón-Floristería, y nada más.

—Hemos venido todo lo rápidamente que ha sido posible —dijo Pitzer.

—Hola —intentó una cariñosa sonrisa Simón.

Brigitte asintió con un gesto, y señaló al cadáver.

—¿Lo conocen ustedes? ¿Quizá fue enviado a nuestro sector, desde Washington, para algún trabajo especial que no podíamos hacer los de aquí?

Pitzer movió negativamente la cabeza.

—Es desconocido para nosotros.

—Pero, naturalmente, nos interesamos por él ahora mismo —añadió Simón.

—Así lo espero. ¿Les suena el nombre de Yi King?

Pitzer y Simón negaron con la cabeza, se miraron, y volvieron a negar, mirando de nuevo a Brigitte.

—Él se llama Ronald Carslile —lo señaló la divina—… ¿Tampoco les suena?

—No.

Durante unos segundos, la espía más peligrosa del mundo estuvo inmóvil; contemplando inexpresivamente el cadáver. De pronto, suspiró, lenta y profundamente, y dijo:

—Está bien… Este hombre era un agente de la CIA, uno de mis Simones, tío Charlie. Así que quien lo ha matado, lo pagará…

—No tenemos la menor duda al respecto —murmuró Pitzer.

—Seguramente ha sido ese chino llamado Yi King, de que nos ha hablado Peggy —sugirió Simón.

—Casi seguro —asintió Brigitte—… Por lo tanto, quiero saber todo lo que se pueda saber para empezar a buscar a Yi King: qué hacía Carslile en Nueva York, cuándo llegó, por qué está en un apartamento en el que ni siquiera hay unos calcetines de repuesto… Quiero saberlo todo. Y cuanto antes. ¿Les ayudo a lo que sea o puedo marcharme?

—Nosotros nos ocuparemos de todo, y la visitaremos para informarle, en cuanto tengamos algo interesante que ofrecerle.

Brigitte Montfort, Baby para los espías, miró una vez más el cadáver de Ronald Carslile; se pasó la lengua por los labios, tragó aquel nudo que notaba en la garganta, y, sin más, abandonó aquel lugar donde había sido asesinado un agente de la CIA. Un Simón… Uno más en la lista de los caídos en acto de servicio, en la lista de esos que nunca volverán…

Adiós, Simón. Adiós, Ronald Carslile.

Capítulo II

—No se llamaba Ronald Carslile… Ni siquiera era norteamericano.

Charles Alan Pitzer había llegado a tiempo de ser invitado a tomar el aperitivo con la espía más linda del mundo, en su lujoso, elegante y confortable apartamento, veintisiete pisos por encima del Central Park. Los dos eran veteranos, y sabían cuándo era el momento de hablar. La prisa es conveniente en ocasiones, pero contraproducente en otras. De modo que Brigitte había sabido esperar a que su viejo y querido amigo, tío Charlie, se decidiese a hablar.

Y entonces comprendió por qué Pitzer había estado demorando la respuesta. Se quedó mirándolo por encima de su copa con vino andaluz, y sólo se permitió mostrar su sorpresa con un leve alzamiento de cejas.

—¿No era norteamericano?

—No —negó Pitzer.

—¿No era de la CIA? ¿No era de los nuestros?

—No, no lo era, Brigitte.

—Entonces…, ¿quién era?

Pitzer sacó un sobre, que tendió a Brigitte. Ésta sacó unas cuantas fotografías del hombre que, la noche anterior, había sido acribillado en aquel frío, deshumanizado apartamento, en el que sólo había una maleta vacía. Era él, no cabía la menor duda: el hombre que llevaba documentación a nombre del ciudadano norteamericano Ronald Carslile, y que había llamado por una radio de bolsillo a la agente Baby, utilizando correctamente la onda establecida para el Sector New York.

En el dorso de las fotografías había sido anotado el nombre verdadero del hombre asesinado la noche anterior. Al parecer, se llamaba Yehudi Chevenkof.

—Un ruso… —murmuró Brigitte.

—Sí. Por supuesto, encuadrado en las actividades de la MVD soviética en Estados Unidos. No era un elemento muy activo, pero sí lo suficiente para que nuestros servicios de rastreo en Washington lo hubiesen detectado. Naturalmente, su filiación fue confeccionada, a fin de poder mantener siempre un adecuado control sobre él. ¿Le explico cómo vivía Yehudi Chevenkof en Washington?

—Por encima —susurró apenas Brigitte.

—Era un sujeto tranquilo y alegre. Le gustaban las chicas. Vivía solo en un apartamento, al que, de cuando en cuando, llevaba alguna muchacha. La verdad es que lo hacía con bastante frecuencia… Al principio, nuestros compañeros de Washington pensaron que la chica de turno podía ser un enlace soviético, pero pronto se convencieron de que no era así, sino que, simplemente, a Chevenkof le gustaban las mujeres…

—Un hombre muy normal —comentó la divina.

—Absolutamente normal…, salvo en su actividad de espía. Cada vez me convenzo más de que hace falta estar un poco loco para vivir en esta profesión nuestra, Brigitte. Actualmente, ya no se mata con la profusión de antes, pero las cosas están de tal modo que, después de un tiempo de espionaje, un alto tanto por cien de agentes terminan con la mente dañada.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué más hacía Chevenkof, aparte de invitar algunas chicas a su apartamento? —inquirió.

—Estaba empleado en la embajada soviética, como traductor al inglés de documentos de protocolo. Nada importante.

—¿Y qué más?

—Nada más. Bueno, aparte de sus pequeñas y espaciadas labores de espionaje, claro.

—¿Qué clase de labores?

—Pequeñas cosas: cotilleos en fiestas diplomáticas, besos en la mano a las maduras esposas de algunos de nuestros militares de cierto relieve… Por cierto, que se llegó a temer, dada la belleza masculina de Chevenkof, que una de esas esposas fuese a caer en sus redes, pero lo cierto es que Chevenkof no tuvo jamás esos propósitos; se dice que la dama quedó muy decepcionada… También, de cuando en cuando, Chevenkof se encontraba en algún bar o sitio concurrido con algún cubano o portorriqueño, que,

investigados a su vez, resultaban ser pequeños agitadores locales de poca monta… Nada importante.

—¿Sabemos si Chevenkof mató a alguien?

—No, no sabemos eso. Si lo hizo, no está en su ficha.

—¿Tenemos alguna pista de él, que nos permita remontar las investigaciones a esferas más importantes del servicio secreto o diplomático de los rusos?

—No. El conocer a Chevenkof jamás aportó nada verdaderamente valioso a la CIA. Lo que pudiésemos hacer ahora, sabiendo lo que era él y lo que hacía, podíamos haberlo hecho mucho antes, partiendo de otros diplomáticos o agentes secretos.

—En resumen, que no era más que un… modesto espía.

—Eso parece.

Brigitte encendió un cigarrillo, y se quedó mirando a Pitzer a través del humo, mientras murmuraba:

—Un modesto espía, que conocía la onda radial de la CIA en el Sector New York.

—Sí —asintió Pitzer—… Y eso nos preocupa. Como es lógico, vamos a cambiar inmediatamente la onda de nuestras emisiones y transmisiones de toda clase, de lo cual será usted informada en el acto de llevarse a cabo ese cambio. Mientras tanto, claro está, nos preguntamos cómo y de quién consiguió Chevenkof esa información.

—Evidentemente, de un agente de la CIA.

—Parece indiscutible —gruñó Pitzer.

—¿Ha desaparecido alguno de nuestros chicos del sector?

—No. No hay novedad alguna en el parte de anoche a la central. Todo está en calma. Bueno, ya sabe.

—Si, ya se —sonrió secamente Brigitte—; en la relativa calma donde siempre se preparan los trabajos importantes. ¿Se sabe de algún agente nuestro que haya desaparecido, ya sea en el país, o en el extranjero?

—No hemos extendido tanto nuestros sondeos.

—Pues háganlo. Es muy posible que, en alguna parte del mundo, un agente de la CIA haya sido capturado y obligado a confesar, de un modo u otro, algunas cosas sobre la CIA. Una de esas cosas podría ser la longitud de onda de nuestro sector, tío Charlie. Pero aún hay más: ¿se da usted cuenta de que Yehudi Chevenkof sabía

que Baby reside en Nueva York?

—No había pensado en eso —palideció Pitzer.

—Pues yo sí, por la cuenta que me tiene. Si Chevenkof hubiese utilizado la radio para simular ser norteamericano y pedir ayuda, cualquiera sabe con qué proyectos, la cosa no me llamaría demasiado la atención; podría tratarse de alguna jugada rusa, en la que tuviesen necesidad de introducir a uno de sus hombres por unas horas en el tinglado de la CIA en Nueva York; luego, ese hombre escapaba, antes de que los nuestros lo identificasen plenamente y a satisfacción, y aquí no ha pasado nada. O casi nada. Pero las cosas no han ido así. Peggy estaba preparando mi ropa de dormir cuando oyó la llamada de la radio, en el maletín; así que lo abrió, y contestó a la llamada. En cuanto lo hizo, en cuanto abrió el canal de contacto, y antes de darle tiempo a decir nada, Chevenkof preguntó; «¿Baby?».

—Lo que, obviamente, significa que él sabía que Baby podía ser hallada en Nueva York, desde luego —admitió Pitzer, verdaderamente preocupado.

—Evidentemente.

—¿Cree que es alguna clase de trampa contra usted?

La divina movió negativamente la cabeza.

—Yo diría que no. Si hubiera sido una trampa, ninguna oportunidad mejor que la de anoche mismo para hacerla funcionar, cuando llegué sola al apartamento donde habían matado a Chevenkof. Por otra parte, me parecería excesivo que los rusos matasen a uno de sus hombres para tenderme una trampa…, sobre todo, considerando que sabiendo que Baby reside en Nueva York, podían haber hecho más cosas de otro modo mucho mejor. De mil modos mejores que sacrificar, en vano, a uno de los suyos.

—Quizá al saber que Baby reside en Nueva York, recurrieron a ese truco para que usted fuese allá, identificarla, y en estos momentos estén estudiando al modo de obtener el máximo partido a su conocimiento de que la agente Baby es Brigitte Montfort, la famosa periodista del Morning News.

—También pensé en eso. Pero no… La puesta en práctica de un plan tan sencillo y eficaz; no requiere el sacrificio de nadie. Y no olvidemos que ha muerto un hombre. Así las cosas, todo apunta hacia el chino que mencionó Yehudi Chevenkof, el tal Yi King…

¿Qué sabemos de él?

—Absolutamente nada —mascculló Pitzer.

—¿No consta en todo el fichero de la CIA el nombre de Yi King? —Alzó de nuevo las cejas Brigitte.

—No. Y no me venga con la bromita de que recurramos a los ficheros del FBI.

—La idea no sería mala del todo —sonrió a medias Baby—. ¿De modo que no sabemos nada de nada sobre Yi King?

—En absoluto.

—¿Qué le parece…? Se puede decir que lo sabemos todo, o hemos previsto o teorizado sobre todo, pero no sabemos nada sobre el hombre de raza china que, según parece, estuvo en el apartamento con Ronald Carslile, es decir, con Yehudi Chevenkof.

—Es una lástima que no sepamos nada sobre ese chino, ya que es evidente que fue él quien mató a Chevenkof.

—¿Por qué es evidente?

—Bueno… No había nadie más, así que…

—Oh, sí, tío Charlie, sí hubieron más hombres allí. Algunos más. Y por otra parte, están las palabras de Chevenkof, cuando ya estaba herido y me hablaba como si fuese realmente uno de mis queridos Simones. ¿Quiere que le apunte exactamente las palabras que pronunció Ronald Carslile? Y si le parece qué ha de servirme de algo…

Brigitte asintió, fue a la librería; sacó una cuartilla y un bolígrafo de oro de un cajoncito, y estuvo escribiendo unos segundos; Luego volvió a sentarse ante Pitzer, tendiéndole el papel.

—Naturalmente, esto es textual, exacto, palabra por palabra.

—No lo dudo.

En el papel ponía:

«—¿Sí? ¿Quién es?

»—Baby…, soy… soy Simón… ¿Por, qué no me… no me ha atendido en seguida…?

»—Simón, ¿qué le ocurre?

»—Estoy… estoy en el 28 de la Avenue B, cerca… cerca de Tompkins Park, apartamento 405… Busque al chino Yi King… él ha escapado… elecciones presidenciales… elecciones… trucadas por… busque… King… creto chino…».

—¿Qué opina? —preguntó Brigitte, cuando Pitzer dejó de leer.

—¿En qué sentido?

—Bueno, la lectura de esa palabra debe sugerirle algo a usted, ¿no es así?

—Sí, claro. Parece que, el asunto está relacionado con unas elecciones presidenciales. Me parece que no será ninguna barbaridad suponer que esas elecciones son las nuestras actuales, es decir, las que finalizarán en noviembre.

—Considerando que interviene un chino —sonrió Brigitte—, también podríamos pensar que el asunto se refiere a la elección de un próximo presidente para el partido comunista chino, es decir, el próximo hombre fuerte de Pekin.

Pitzer quedó un instante boquiabierto. Luego, asintió, con un gruñido.

—También, claro.

—Pueden ser las dos cosas —continuó sonriendo la divina—, pero yo me inclinó a creer que se trata de la pugna final que van a sostener los señores Ford y Carter, para conseguir la presidencia de Estados Unidos. Ahora, prestemos atención: ¿qué pueden tener que decirse sobre nuestras elecciones, y en secreto, un chino y un ruso?

—¿Decirse? ¿Quiere decir cambiar impresiones, por ejemplo?

—Por ejemplo —admitió Brigitte.

—No, no… Usted se equivoca. Mire, el ruso debía estar tramando algo en aquel apartamento, y llegó el chino, que…

—Vamos, tío Charlie, vamos… ¿Acaso no me he molestado en escribirle palabra por palabra lo que hablamos por la radio Ronald Carslile y yo? Fíjese bien que Carslile dijo que Yi King había escapado… Escapado, ¿de quién? Ciertamente, no de Carslile, que estaba herido, vencido. Si su asesino hubiese sido Yi King, Carslile, o sea, Chevenkof, no hubiese podido llamarme siquiera, no habría tenido oportunidad. En cambio, Carslile sí pudo llamarme mientras Yi King escapaba. ¿Y de quién escapaba? Pues, querido, evidentemente escapaba de los hombres que les sorprendieron en el apartamento y que les dispararon con tal abundancia que estropearon las paredes; alcanzaron a Carslile en la espalda, esto es, cuando huía; luego, en el pecho, esto es, cuando Carslile, ya herido, se volvía, dispuesto a vender cara su vida, sacando la pistola… Pero no tuvo tiempo ni de disparar una sola vez. Lo acribillaron de frente, a lo bestia, como antes. Mientras tanto, Yi King llegaba a la

cocina, cerraba con llave la puerta de ésta, y, mientras los otros la echaban abajo, él escapaba por la ventana de la cocina…

—¿Escapar? ¿Cómo? ¡Aquel apartamento está en un cuarto piso, Brigitte!

—Pero por la cocina se sale a la fachada interior, es decir, al patio de luces. ¿Se fijó usted en el grueso tubo que contiene el cable de la antena colectiva de televisión, y que, desde el tejado, distribuye los servicios de la antena a todos los apartamentos?

—No…

—Yo, sí. Consideremos, además, que Yi King, como buen chinito, debe ser más bien menudo, y posiblemente, delgado. Lo bastante ágil para descolgarse por aquel tubo hasta el suelo, y escapar por los patios interiores de la manzana. ¿Sí?

—Santo cielo —se pasó Pitzer una mano por la frente—… Sí, supongo que sí es posible…

—Yo creo que es cierto y exacto. Ahora, vamos a hacernos unas cuantas preguntas a nosotros mismos. Una: ¿qué tenían que decirse en aquella reunión, que se suponía secreta, Chevenkof y Yi King? Dos: ¿quiénes fueron los hombres que llegaron entonces, de qué nacionalidad, de qué servicio secreto? Aparentemente, parece que sólo podían ser rusos o chinos, molestos porque habían sabido que Chevenkof o Yi King estaban reunidos, quizá uno de ellos vendiendo información al otro, es decir, traicionando a su servicio. Esto es posible, ¿verdad?

—¡Y tan posible! —Gruñó Pitzer.

—Tres: ¿a qué elecciones se refirió Carslile? Yo creo que a las nuestras, francamente. Y entonces, viene la pregunta cuatro, que a mi juicio, tal como están las cosas, es la más importante: ¿qué quiso decir Carslile cuando, refiriéndose a esas elecciones, pronunció la palabra trucadas? ¿Quiso decir que han sido trucadas ya, que lo están siendo ahora, que serán trucadas en el futuro…? Y además, trucadas…, ¿de qué modo? ¿Por quién? ¿Cuándo? ¿Con qué fin? ¿Es posible, además, que unas elecciones presidenciales norteamericanas sean trucadas?

Charles Alan Pitzer sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente, mientras sus ojos permanecían fijos en Brigitte, desorbitados. Por fin, murmuró:

—¿Cómo ha podido usted hilvanar toda esta serie de causas y

consecuencias?

—De un modo muy sencillo, tío Charlie: utilizando los conocimientos que han llegado a mi poder. Utilizando toda la información que se me ha facilitado. ¿Y sabe por qué no sé más cosas?

—No… ¿Porqué?

—Porque no me han informado de más.

—Bueno… Eso es natural, ¿no?

—Muy natural. También es natural que las personas que anoche acribillaron a Carslile y posiblemente hirieron a Yi King, pretendan que yo siga ignorante de la verdad. Una verdad que, lógicamente, no puede ser buena, no puede ser honesta, ni virtuosa, ni precisamente rebosante de amor… ¿Está de acuerdo?

—Sí. Si.

—Es decir, que ocultan la verdad, por motivos personales de seguridad, codicia o maldad; por ejemplo. ¿De acuerdo?

—Sí, claro. Claro, es lógico.

—Por lo tanto, esas personas son malas.

—Si… Sí, sí, evidentemente.

—Luego, las personas que gobiernan, este dividido mundo, y que mantienen silencio sobre muchos conocimientos que podrían hacer del hombre un ser aún más informado y por tanto más sabio, y por tanto más bueno…, ¿qué son?

—¿Malos? —sugirió Pitzer.

—Son odiosos —dijo secamente Brigitte; pero, de pronto, sonrió de aquel modo absolutamente encantador, delicioso—… Bueno, ¿se le ocurre algún modo de seguir adelante con este asunto, tío Charlie?

—Pues… supongo que una buena idea sería buscar al chino llamado Yi king. Aunque no va a ser fácil encontrarlo, ya que no tiene antecedentes de ninguna clase, y no tenemos ni idea de cómo es. No, no va a ser fácil.

—Tampoco es fácil comprender por qué un ruso moribundo finge ser un agente de la CIA que llama a Baby para hablarle de esas elecciones presidenciales. Cabe la posibilidad de que, al verse atacado por los suyos propios, tuviese la luminosa idea de pedirle ayuda a Baby, pero…, ¿por qué fingir que es un Simón?

—No tengo la menor idea al respecto. Sólo se me ocurre que

podía ser una trampa, pero puesto que no ha sido así…

—Todavía no podemos estar completamente seguros de eso, tío Charlie. Tenga en cuenta que los hombres que mataron a Carslile supieron que él había llamado a alguien por la radio.

—¿Qué quiere decir? —Parpadeó Pitzer.

—Quiero decir que es evidente que Carslile me llamó a mí por la radio, cuando estaba solo en el saloncito, agonizando, mientras los hombres que habían disparado contra él, forzaban la puerta de la cocina, en persecución de Yi King. Cuando regresaron junto a Carslile, lo encontraron muerto ya…, pero con la radio de bolsillo en la mano. ¿Qué habría hecho usted, en lugar de aquellos hombres? ¿Acaso no se habría llevado la pistola y la radio…, y la documentación de Ronald Carslile? ¿No habría intentado, incluso, llevarse el cadáver, para no dejar pista a quien llegase llamado por Carslile?

—¡Claro que sí! —exclamó por fin Pitzer.

—Pero aún hay más: ¿usted no habría esperado cerca del edificio a ver qué ocurría, o quién llegaba? Es perfectamente admisible que si eran dos o tres hombres los que mataron a Carslile, se apresuraran a huir, después de ver que éste había llamado por la radio, pero…, ¿no le parece sorprendente que dos o tres hombres como los que hicieron eso, no esperasen al menos a ver qué ocurría y quién llegaba?

—¿Quiere… decir que esos hombres… la vieron a usted?

—Santo cielo, ¡no puede ser de otro modo, tío Charlie!

—Pe-pero entonces, seguramente… saben ya quién es usted, y quizá hayan obtenido conclusiones… muy peligrosas.

—¡Ya lo creo que sí! —rió Brigitte—. ¡Y tan peligrosas…! Tanto si los asesinos de Carslile eran rusos como si eran chinos…, ¿qué supone usted que estarán pensando ahora de Brigitte Montfort?

—Bueno… Supongo que quizá estarán pensando que usted es Baby, y por lo tanto se dispondrán… ¿No?

—¡Claro que no! —rió de nuevo la espía más peligrosa del mundo—. Pensarán, seguramente, que Brigitte Montfort, la periodista americana, era una más de las amiguitas del guapo Yehudi Chevenkof, y, todo lo más, considerando que disponía de una radio de bolsillo para comunicarse con él, que la señorita Montfort estaba trabajando con el bello Chevenkof en cosillas de

espionaje.

—Ya. Sí, claro… —Pitzer respingó fuertemente, de pronto—. ¡Pero eso la colocaría a usted en una situación tal, que parecería que está colaborando con el servicio secreto ruso!

—Lo cual va a desconcertar grandemente a ciertos señores de Moscú —la divina estaba divertida como nunca en su vida, al parecer—… ¿No es extraordinario?

—¡Pero eso…! ¡Eso es peligrosísimo!

—Aún lo sería más, si los hombres que mataron a Carslile regresaron junto a éste a tiempo de oírme llamarle Simón y decirle que yo era Baby, para animarle a hacer un esfuerzo y seguir hablando.

—Santo cielo… ¡Usted está ahora en gravísimo peligro!

—Aparentemente, sí. Pero a lo mejor estamos aquí haciendo cábalas, y resulta que no tengo nada que temer de nadie, que nadie sabe nada sobre mí. Entonces, todo lo que tengo que hacer es seguir con este asunto: ¿a qué elecciones presidenciales se refirió Ronald Carslile? ¿Por qué llamarme a mí, si era un ruso? ¿Qué clase de truco puede haber en unas elecciones presidenciales? Para respuestas —sonrió una vez más Brigitte—, diríjanse al señor Yi King, del Lien Lo Pou, el inefable y celestial servicio secreto chino.

—No creo que lo encontremos. No tenemos base alguna para localizarlo.

—¡Claro que sí tenemos una solidísima base para encontrar a Yi King, tío Charlie! Vamos, vamos… Todos somos veteranos en estos asuntos, ¿no es así? Por lo tanto, va a ser facilísimo ponernos en contacto con ese chinito. ¿He dicho fácil? Rectifico: ¡facilísimo!

—¡Facilísimo! —bufó Pitzer—. ¡Ya me explicará cómo piensa conseguir eso!

—Pues verá usted, querido tío Charlie: Thomas Piao, que…

Capítulo III

El verdadero nombre de Thomas Piao era Tso Piao, pero hacía ya tiempo que éste había decidido americanizarse un poco; al menos, lo justo para facilitarle a los clientes que le llamasen por un nombre fácil de pronunciar. Lo que se conseguía con Thomas, ya que Tom es un hombre que cualquier norteamericano puede pronunciar sin que la lengua se la haga un nudo.

Tom Piao trabajaba de camarero en un pequeño bar de Chinatown, en Manhattan, llamado La Grulla Verde. Con lo que ganaba en La Grulla Verde, Tom Piao iba viviendo discretamente en Estados Unidos; sin pena ni gloria, sin lujos y sin necesidades. Pero…

Pero, con lo que ganaba con el espionaje, Tom Piao estaba hinchado, lento, pero seguro, una cuenta en el First National Bank. En cuanto tuviese cien mil dólares, ¡zas!, Tom Piao se iría a vivir a China, y se dedicaría solamente a viajar por ella, para resarcirse de los muchos, muchísimos años que faltaba de allí. ¿Cuántos años? ¡Muchísimos! La verdad era que Tso Piao ya ni siquiera lo recordaba, porque ya era casi un anciano, y había salido del Celeste Imperio siendo apenas un niño.

¿Para qué quería Tom Piao volver a China, realmente? Muchas veces dudaba de ello, se decía que todo era una obsesión, y que, a fin de cuentas, él era más norteamericano que chino. Pero entonces, Tso Piao volvía a acordarse de su padre, que vivía cerca de Nanking, y que además de su primera y predilecta esposa principal, tenía algunas concubinas.

El recuerdo de aquellas jóvenes concubinas, había estado siempre en la mente de Piao. Primero, de un modo inconsciente, mientras todavía era niño. Luego, cuando se hizo hombre, de un modo consciente, apremiante, anhelante. Por supuesto, en Nueva York él había tenido contactos sexuales con chicas, no sólo chinas,

sino blancas, y al respecto ya no tenía nada que aprender. Pero…

Pero jamás había olvidado aquellas jóvenes concubinas, de piel de porcelana, que habían hecho la delicia de su padre. Aquellas chinitas, prácticamente unas niñas, estaban en la mente de Tso Piao como grabadas a fuego, y jamás las olvidaría mientras viviese. Eran tan delicadas, tan bonitas, tan dulces… Evidentemente, con el transcurso del tiempo, Piao había idealizado aquellas jóvenes amantes de su venerado padre, pero, en el fondo, muy en el fondo, tenía la esperanza de que, si volvía a China, podría encontrar jóvenes como aquéllas. Con tres se daría por satisfecho. Para sus viejas manos y sus cansados ojos, tres muñequitas de porcelana como aquéllas, dulces y sumisas, serían más que suficientes.

Y eso era lo que pensaba hacer Tso Piao, en cuanto reuniese los cien mil dólares. Sólo que, ¡pobre Tso Piao!…, ¿cómo habría de reunir él cien mil dólares, antes de estar ya tan definitivamente viejo que en su casa de China aquellas jóvenes concubinas sólo sirviesen de adorno? ¡Cien mil dólares! La verdad era que el servicio secreto chino no era precisamente generoso, no, así que, para un pobre diablo del espionaje como era él, reunir aquella cantidad era prácticamente un sueño.

Un hermoso sueño, por el que valía la pena vivir. Porque, a fin de cuentas, los buenos sueños, los sueños bien soñados, pueden ser tan concretos como la realidad, y pueden proporcionar casi idéntica felicidad. Y ésta era otra cuestión: ¿en qué consistía la felicidad? ¿Acaso no podía consistir precisamente en tener siempre la ilusión suficiente para desear cosas, para tener hermosos sueños? Porque resulta que hay personas que ni siquiera pueden soñar, y así, se privan del placer de trasladarse, por su cuenta y riesgo, a plena voluntad, a capricho, al paraíso de Buda, donde se pueden encontrar bellísimas concubinas de piel de seda, de piel de porcelana, de piel de nácar; y flores de tan hermosos colores que, después de verlas, ya no importaría quedarse ciego, porque se tendría siempre dentro de los ojos el recuerdo de aquellas flores. Y frutas tan frescas, tan jugosas, tan sabrosas, como no podía haberlas ni siquiera en China…

Mientras pensaba todo esto, Tso Piao sonreía, y pensaba que aquellos sueños habían contribuido desde siempre a su felicidad.

¿Por qué no admitir que, a fin de cuentas, él había sido y era

feliz en Estados Unidos? Tenía su trabajo, todas las mujeres de cualquier raza que quería, y sobre todo, tenía sus sueños, lo más preciado que puede tener hombre alguno. Y lo más seguro… Porque a un hombre se lo pueden quitar todo, desde su dinero a sus mujeres, pero jamás le podrán quitar sus sueños, como no sea matándolo. Y una vez muerto, ¿para qué se quieren sueños, dinero, mujeres o frutas y flores?

Sí.

Tso Piao era feliz.

Absurdamente feliz, lo cual se guardaría muy bien de comunicar a las personas que conocía. ¿Y eso por qué? Pues, porque si hay algo que los demás nos envidien, es la felicidad. El dinero, las mujeres y las flores están en todas partes, y, con un mínimo de suerte, se puede tener de todo eso. Pero felicidad… ¡Ah, la felicidad, ésa sí que es difícil de encontrar! Por supuesto, todo tiene su truco, y Tso Piao tenía el suyo. Era simple; si ahora estás aquí, es porque estás vivo. Y entonces, hermano…, ¿no es eso ya suficiente para ser feliz?

Por ejemplo, aquella hermosísima muchacha rubia que estaba sentada frente a él en el vagón del metro, debía ser feliz también. El buen Piao estaba convencido de ello, porque la muchacha tenía una sonrisa absolutamente encantadora. Y si Piao hubiese sido más jactancioso, habría pensado que la muchacha le sonreía a él, mirándole con simpatía evidente. Pero, claro, debía estar equivocado: la muchacha no le miraba a él, sino que estaba contemplando hacia dentro su propia felicidad, en la que debían intervenir los sueños; unos sueños que, sin duda, debían ser hermosísimos, como ella misma.

Tso Piao, al contrario que la mayoría de los chinos de la ciudad de Nueva York, vivía muy lejos de Chinatown. Era un fastidio en las noches de invierno, pero delicioso en cuanto llegaba la primavera. Vivía más arriba del Bronx. Cada día, Piao tomaba el metro desde Chinatown hasta la estación de Woodlawn, y luego todavía tenía que ir a pie hasta su pequeña casita, donde tenía flores, pájaros…, y algunas palomas, entre las cuales, disimuladas, solía tener una o dos muy especiales. Palomas mensajeras que…

—Hola.

Piao había dejado ya de pensar, porque la muchacha,

finalmente, había cruzado el vagón y se había sentado junto a él. Sí, sí, la bellísima muchacha rubia, que antes sonreía. Ahora estaba sentada junto a él. Y Tom Piao veía sus grandes, maravillosos ojos verdes, y notaba en su pierna el calor de una de las de ella… ¡Qué hermosa era, qué joven y tersa, qué fresca su piel, sus labios del color de las rosas!

—¡Qué hermosos son los sueños! ¿Verdad, Tom Piao? —suspiró la muchacha rubia.

El viejo chino se sobresaltó, y miró aún más fijamente, con más atención, a la muchacha rubia. Y entonces, por primera vez en su vida, Piao vio en unos ojos humanos una luz de bondad, de simpatía hacia él, de comprensión de todos sus pensamientos, de adivinación de sus más íntimas sensaciones. Se encontró tan inerme, que al principio quedó aterrado, porque sabía que aquella mujer, de mirada profunda y cariñosa, podía saber todo lo que él pensase. Pero en seguida, precisamente por aquella mirada profunda y cariñosa, Tso Piao se sintió a salvo. A salvo de todo.

—Sí —sonrió—… Los sueños son lo más hermoso de la vida.

—Bueno, no tanto —rió la rubia—. Yo creo que lo más hermoso de la vida, es vivirla de verdad. Bien están los sueños, cuando no tenemos otra cosa, o para pasar maravillosamente el rato, pero la vida es más importante. Sobre todo, si se ha conseguido lo que uno deseaba. ¿Qué le pide usted a la vida, Tom Piao?

—¿Yo? Precisamente, estaba pensando que ya me ha dado mucho.

—Es admirable oír a alguien decir eso —asintió la rubia—. Pero quizá haya algo que todavía no haya conseguido. En cuyo caso, es posible que yo pudiese ayudarle.

—¿Usted me ayudaría?

—Si fuera posible, sí.

—Me gustaría tener tres concubinas jóvenes. Pero no podré conseguirlo hasta que reúna determinada cantidad de dinero…, y me parece que ya no llegaré a tiempo.

—Entiendo. ¿Qué cantidad?

—Necesitaría, cuanto antes, treinta y ocho mil seiscientos veinticuatro dólares con dieciséis centavos.

La rubia asintió, se colocó sobre las rodillas, en posición plana, el maletín rojo con florecillas azules, y lo abrió. Para pasmo de Tom

Piao, alzó la primera bandeja forrada, dejando al descubierto lo que, evidentemente, era un doble fondo. Ella metió la mano allí, estuvo tanteando…, y cuando la sacó llevaba varios billetes en ella. Billetes de mil dólares. El más hermoso fajo de billetes de mil dólares que Tom Piao había visto jamás.

—Cincuenta mil —dijo la rubia, poniendo el fajo en las manos del turulato chino.

La siguiente reacción de Piao fue mirar preocupadamente alrededor. Pero nadie les veía. Por la sencilla razón de que nadie había cerca. Y de pronto, Piao comprendió que eso era, precisamente, lo que había estado esperando la muchacha que había tomado el metro en la misma estación que él, y cuya visión le había impulsado a reavivar sus sueños de regreso a China para acostarse con tres vírgenes de piel de seda, de porcelana, de nácar.

Era ya muy tarde, pocas personas viajaban en el tren subterráneo del día. Aquí y allá, algún hombre de pie, alguna cabeza visible en un asiento… ¿Qué estaba ocurriendo?

—Son para usted —dijo la rubia.

—¿Para mí? —susurró Piao.

—Por supuesto.

—¿Porqué?

—Porque tengo tanto dinero; que esta cantidad es, para mí, como unos pocos centavos para usted. Porque usted tiene sueños que yo quisiera que pudiese realizar. Porque ya es viejo, Piao, y ha llegado el momento de retirarse.

—De retirarme…, ¿de qué?

—Del espionaje. No se preocupe, nada va a ocurrirle. Hace tiempo que sé que usted hace pequeñas cosas para el Lien Lo Pou, y ni siquiera me he molestado en comunicarlo a la CIA. Cuando terminemos de hablar, todo seguirá igual: usted podrá seguir trabajando en La Grulla Verde, o hacer lo que prefiera, puesto que ya ha reunido su cantidad deseada. Incluso le sobrará algo, ¿no es así?

—Sí… Sí.

—Bueno —sonrió la rubia—, en ese caso, espero que sepa ser generoso con sus tres jóvenes concubinas. Y amable.

—Sí, lo seré… ¿quién es usted?

—Baby.

Tso Piao palideció bruscamente, intensamente. Su rostro quedó de un clarificado color de arena, y sus negros ojos se redondearon por el sobresalto, la incredulidad…

—No es posible —exclamó.

—Guarde el dinero; no quiero que nadie lo vea, y puede entrar algún pasajero, en la próxima estación.

—¿De verdad… me regala a mí, a Tom Piao…, cincuenta mil dólares?

—Ya le he dicho que esta cantidad no tiene importancia para mí. En cambio, sí tienen importancia otras cosas. Por ejemplo, un contacto con un chino llamado Yi King. Del Lien Lo Pou, naturalmente.

—No le conozco… De verdad, no le conozco.

—Le creo. Pero sé que está capacitado para enviar un mensaje, que llegará hasta Yi King. Diga en ese mensaje que quiero conversar con él, en franco armisticio, sobre las elecciones presidenciales trucadas, y que para ello, acuda mañana por la noche a La Grulla Verde. Como supongo que, como siempre, habrán allá muchos chinos, Yi King deberá adoptar alguna medida para que yo le identifique… Por ejemplo, que lleve un ejemplar del Morning News de mañana. Es un mensaje fácil de enviar, ¿verdad?

—Sí. Sí, es fácil.

—¿Lo hará?

—Sí, lo haré.

—De acuerdo —el tren estaba perdiendo velocidad, y Baby se puso en pie y miró afectuosamente a Tso Piao—… Espero que éste sea su último servicio, Tom. Considérese afortunado por haber llegado hasta aquí, y arríe velas. Le deseo mucha suerte —de pronto, sonrió luminosamente—… Y espero que sepa elegir tres bellas muchachas.

Tso Piao asintió. No sabía qué decir. El tren se detuvo, y la rubia lo abandonó. Cuando el tren prosiguió su marcha, Piao fue volviendo la cabeza, forzando el cuello, y estuvo viendo a la rubia caminando por el andén, hasta que el túnel engulló el tren. Tso Piao tenía paralizada la mente. Entre las estaciones de Fordham Road y Kingsbridge, en ese cortísimo espacio de tiempo, algo había ocurrido. Tenía cincuenta mil dólares en su bolsillo. Apretó con el codo, notó el bulto y el crujir de los billetes, y luego se pasó las

manos por la cara…

Cuando se dio cuenta, el tren estaba llegando ya a la estación de Mosholu Parkway. Dejó atrás ésta, y Piao se puso en pie y fue a colocarse ante una de las puertas. El metro era rápido y seguro, generalmente. Y ocurrían toda clase de cosas en él… Como, por ejemplo, aquella de que él, un espía de ínfima categoría, casi un «chico de los recados», recibía cincuenta mil dólares de manos de Baby… ¡Por todos los cielos, él, Tso Piao, había estado hablando con Baby! ¿O había sido uno de sus más fantásticos sueños?

Cuando, finalmente, Piao llegó a su casita, y colocó sobre la mesa el fajo de cincuenta mil dólares, ya sabía que no, que no había soñado. Así, pues, tomó un papel y un bolígrafo, y comenzó a escribir un mensaje; en inglés, pero desde luego, cifrado. Lo repasó con todo cuidado, asintió, y salió por la puerta de atrás, al pequeño jardín donde tenía sus pájaros y sus palomas, en una jaula bastante grande, y en la cual las palomas podían salir y entrar a su antojo. En aquel momento habían sólo dos de las mensajeras. Tom Piao agarró una de ellas, le colocó la argolla con el mensaje, y salió de la jaula. Acarició durante unos segundos a la paloma mensajera, y luego la tiró suavemente hacia arriba. La vio dar unas vueltas, y luego, su blanca mancha desapareció en la oscuridad, entre las estrellas.

Cuando entró de nuevo en la casa, los dos hombres blancos ya estaban allí, en el pequeño comedor que hacía también de salita de estar, con bonitos cuadros de flores y aves pintadas por artistas chinos en las paredes. Tom Piao palideció, y, tras escrutar los oscuros y sonrientes ojos del hombre que estaba en pie, miró hacia el otro, el que estaba sentado y que contemplaba los cincuenta mil dólares, mientras hacía pasar entre sus dedos los billetes, con agradable crujido. Este otro hombre alzó, por fin, los párpados, y Tom Piao pudo ver sus ojos.

Unos ojos que primero le parecieron de niño, pero sólo un instante. Acto seguido, al ver aquellos ojos claros, como vacíos, el viejo Tom Piao comprendió que no todo iba a ser bueno aquel día.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó amablemente el hombre de ojos claros.

—Tom Piao —musitó éste.

—¿De dónde ha sacado este dinero? ¿Quizá se lo ha entregado

Baby?

Tom Piao apretó los labios, y los dos hombres comprendieron. El de los ojos oscuros y sonrientes casi rió cuando dijo:

—No tiene que preocuparse por Baby. Nosotros somos de la CIA, así que, como comprenderá, no pensamos perjudicarla. Y eso es lo que le preocupa a usted, ya que, sin duda, además de darle este dinero, Baby ha sabido despertar su discreta amistad… ¿No es así?

El chino se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo.

—¿No quiere contestar? —Frunció el ceño el de los ojos claros.

—No.

—¿Por qué?

—Ustedes no son de la CIA. Ustedes no son amigos de Baby.

—Sí, lo somos —insistió el de los ojos claros—. ¿Cree que si no lo fuésemos, le habríamos permitido enviar esa paloma con el mensaje? No pretendemos, en modo alguno, obstruir, la labor que está realizando Baby, en este momento…, pero sí queremos saber qué han estado hablando ustedes en el subway, y qué mensaje ha enviado usted y a quién.

—Ustedes no son de la CIA —insistió Tom Piao, demudado el rostro—. No son amigos de Baby, por lo tanto. Así que no les diré nada. Nada. Pueden intentar conmigo lo que quieran, pero nunca sabrán qué clase de mensaje lleva la paloma y adónde va…

* * *

En aquel camarote del yate *Kaliko* había dos hombres, ambos de raza china. Uno de ellos yacía en la litera inferior, dormido, al parecer. El otro estaba sentado en una silla, junto a la litera, y se dedicaba a leer, inescrutable el rostro de bellas facciones. Estaba completamente vestido, se notaba en su sobaco izquierdo el bulto ligerísimo de una pistola, y la prueba de que estaba en auténtica vigilia la dio cuando su mirada fue hacía la puerta del camarote, un instante antes de que se abriese.

Ya abierta la puerta, quedó visible el chino que llevaba un papel en la mano. Miró al vigilante, y cuando éste asintió, entró y le entregó el papel.

—Lo acaban de enviar por la radio, después de recibirlo en el centro de coordinación del cuadrante norte norteamericano, por

medio de una de las palomas que tenemos asignadas a uno de los nuestros, Tso Piao.

El vigilante leyó el mensaje rápidamente, miró al otro chino, y murmuró:

—Está bien. Puedes marcharte.

El otro se marchó, la puerta fue cerrada de nuevo. El vigilante se puso en pie, se acercó al pequeño buró atornillado a una de las paredes del camarote, y, tras colocarse un cigarrillo en los labios, prendió fuego al papel del mensaje con la llamita de un encendedor de oro que tenía una incrustación de jade, figurando un pequeño dragón. Con la llama del papel, encendió el cigarrillo, y luego dejó el papel y estuvo mirándolo mientras se consumía, convirtiéndose en negras y ligerísimas cenizas.

En los negros ojos del joven y atlético chino se estuvieron reflejando, durante unos segundos, las llamas del papel. Era como si el fuego estuviese dentro de los ojos del hombre; un hombre de estatura más bien escasa, pero de rostro viril y atractivo, cuerpo sólido, atlético, poderoso, elegante. Vestía impecablemente, sin estridencia de ninguna clase. Y una simple mirada a sus ojos era suficiente para que, quien tampoco fuese tonto, se diese cuenta de la inteligencia que había en aquellas negras pupilas.

Ya consumido el papel, el apuesto chino tomó el cenicero, se acercó a la portilla, la abrió, y arrojó las cenizas fuera, al mar. Volvió a cerrar la portilla, dejó el cenicero en su sitio, y se quedó fumando, pensativo. Acabó el cigarrillo rápidamente, y volvió a sentarse en la silla. Durante unos segundos, estuvo mirando al chino que parecía dormir en la litera. Pero no lo veía, realmente. Lo que su mente veía era la imagen del destruido mensaje:

«La agente Baby me ha abordado en el metro hace unos minutos. Solicita entrevista mañana por la noche en La Grulla Verde con uno de los nuestros llamado Yi King para conversar sobre las elecciones presidenciales trucadas. Yi King debe llevar bien visible el ejemplar de mañana del Morning News. Tso Piao».

Capítulo IV

—¿Es usted Yi King?

El apuesto y atlético chino que estaba sentado a una de las mesas de La Grulla Verde, sobre la cual se veía un ejemplar del Morning News con la cabecera bien a la vista, alzó la cabeza, miró a quien le había hecho la pregunta, y frunció el ceño.

Junto a él había un joven chino. Es decir, parecía un joven chino, pero… había algo especial en él. Vestía bien, su actitud era correcta y seria, pero… Tras unos pocos segundos de contemplar aquel delicado rostro, la sorprendente boca suave y sonrosada, y los negros cabellos lacios del joven chino, el otro, el que estaba sentado, comprendió, y señaló una silla frente a él, al otro lado de la mesa.

—Siéntese, Baby.

—Gracias —sonrió el bello joven chino recién llegado—. ¿Es usted Yi King?

—Claro. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias. Estoy intentando dejar de fumar, o, cuando menos, disminuir mi consumo diario de tabaco… Bonito encendedor.

El chino atlético que había admitido ser Yi King alzó las cejas; se quedó contemplando su encendedor de oro con el pequeño dragón de jade incrustado, y acabó por encoger los hombros.

—¿Qué tiene que decirme sobre las elecciones presidenciales trucadas? —preguntó abruptamente.

Un camarero se acercó, y la disfrazada Baby pidió té. Luego, atendió la pregunta de Yi King:

—Espero que no haya malentendidos en esta entrevista, que yo solicité de usted, para conversar sobre esas elecciones. En ningún momento le dije a Tom Piao que yo tenía algo que decir. Sólo quería conversar.

—Entiendo.

—No he visto esta noche a Tom Piao en La Grulla Verde —murmuró Baby, mirando a todos lados.

—¿Tiene eso importancia?

—No lo sé.

—¿Teme algo? —sonrió Yi King.

—Claro que no —replicó Baby, un tanto fríamente—: he tomado mis medidas de seguridad, naturalmente.

—Naturalmente —asintió Yi King, sin dejar de sonreír—. ¿Debo entender que es usted quien espera obtener información de esta entrevista, que presuntamente va a tratar de las elecciones presidenciales?

—Así es.

—Fantástico —movió la cabeza King—. Bueno, estoy tratando con Baby, de modo que voy a procurar no sorprenderme de nada. ¿Se da cuenta del valor que hace falta para meterse en el centro de Chinatown, entrar en un bar, y sentarse a una mesa con un agente del Lien Lo Pou… que sabía desde anoche que Baby estaría aquí?

—Tengo la esperanza de que en el Lien Lo Pou jamás hayan menospreciado mi valor, Yi King. Incluso diría que lo he demostrado en muchas ocasiones. Pero éste no es el tema qué me interesa tratar con usted. Volvamos a las elecciones presidenciales: ¿se refiere usted a las norteamericanas, naturalmente?

—No comprendo bien la pregunta… ¿Cuándo me he referido yo a las elecciones presidenciales?

Brigitte decidió recurrir a toda su paciencia. El camarero llegó con el té, que ella probó, haciendo acto seguido un gesto de complacencia; luego, hizo otro gesto, ahora de resignación, al tomar un cigarrillo del paquete de Yi King, que se apresuró a ofrecerle la llamita de su encendedor.

—Gracias… Espero que este cigarrillo sea el último del día de hoy. En cuanto a las elecciones presidenciales, para entendernos bien le diré que me gustaría saber cuál fue exactamente su conversación, al respecto, con Yehudi Chevenkof.

—¿Con quién? —se sorprendió Yi King.

—Con Ronald Carslile.

—¿En qué quedamos?

—Seguramente, usted está al corriente de que el hombre que se

hacía llamar Ronald Carslile era, en realidad, un agente ruso, de la MVD, por supuesto, llamado Yehudi Chevenkof.

—¿Usted se está refiriendo al hombre con el que yo estaba citado hace dos noches en el 28 de la Avenida B?

—Por supuesto —refunfuñó Baby.

—¿Y dice usted que era ruso?

—Sí.

—¿No era norteamericano?

—Evidentemente, no —se armó de paciencia Brigitte.

Yi King frunció el ceño, y se dedicó a fumar. Baby se dedicó a tomar el té, despacio, apaciblemente, mientras miraba a su alrededor. Siempre le había gustado el lugar, al que había acudido pocas veces, casi siempre con Frankie Minello o algunos otros amigos. Los chinos, en general, eran del agrado de Brigitte, en todas sus manifestaciones…, excepto en sus deseos de expansión y su convicción de que eran la raza elegida. En este aspecto, y en los planes que ponían en práctica para conseguir diversos objetivos, los chinos no le gustaban ni pizca. Recordando algunos de sus enfrentamientos con chinos, había que admitir que se requería mucho valor para estar sentada ante un agente del Lien Lo Pou, que podía haber montado una tremenda trampa, de la que incluso ella podía tener serias dificultades para salir. Claro que, como los chinos no eran en absoluto tontos, Yi King tenía que comprender que ella no se iba a arriesgar estúpidamente, y que…

—Veamos —dijo, de pronto, Yi king—: ¿qué es lo que quiere usted saber, exactamente?

—Todo lo que pueda decirme sobre las elecciones presidenciales trucadas, de qué me habló Ronald Carslile por la radio, antes de morir.

—De modo que murió…

—Sí. Murió mientras usted escapaba por la ventana de la cocina.

—Comprendo. Bueno, así es el espionaje, ¿verdad? Pero antes de que yo le explique algo, quiero aclarar bien ese punto de la nacionalidad de Ronald Carslile. Usted dice que no era norteamericano, sino ruso… ¿De dónde ha obtenido esa información?

—De los ficheros centrales de la CIA, naturalmente.

—Ya. En ese caso…, ¿eran norteamericanos los hombres que nos

atacaron a Chevenkof y a mí, apareciendo de improviso?

—Claro que no. Evidentemente, eran rusos, que se habían enterado de la entrevista, y a quienes no gustó que Chevenkof le facilitase información a usted. ¿O no se trataba de eso? ¿Acaso no estaban ustedes allí para que Chevenkof pudiese informarle de algo importante, sobre las elecciones presidenciales trucadas?

—Ciertamente, Ronald Carslile tenía una información valiosísima que vender.

—¿Qué información?

—Caramba —exclamó, de pronto, simpáticamente Yi King—… ¿De verdad espera usted que se lo diga?

—Sea cual sea esa información, proviene del espionaje soviético. Es decir, que Yehudi Chevenkof, o Ronald Carslile, estaba en conocimiento de determinados planes que, sin duda, está tramando o tiene ya en plena marcha la MVD sobre las próximas elecciones presidenciales norteamericanas. Considerando todo esto, usted no estaría traicionando a China, en modo alguno, al traspasarme esa información, y quizá nos hiciese un favor a Estados Unidos… Un favor que, sin la menor duda, sería devuelto a China, quizá en momentos en que ésta precisase el apoyo norteamericano.

—¿Eso es un simpático chantaje o la simple promesa de una devolución de información, que yo podría pedirle a usted, en determinado momento? —sonrió Yi King.

—Podrían ser las dos cosas.

—Formidable —amplió su sonrisa el atractivo y atlético Yi King —. ¿Se atreve usted a venir en mi coche a un lugar donde quiero enseñarle algo?

La espía disfrazada de chinito frunció el ceño.

—A mí no me asusta nada ni nadie, Yi King.

—En ese caso… —sonrió de nuevo simpáticamente Yi King, encogiendo los hombros y mostrando las palmas de sus manos.

* * *

Detuvo el coche, apagó las luces y el motor, y señaló hacia adelante, a través del cristal parabrisas.

—Ahí vive Tom Piao —musitó Baby.

—En efecto. Dígame: ¿qué sabe usted exactamente de Piao?

—Que es un pobre viejo, que ya necesita retirarse de esto.

—¿Eso es todo?

—Sé muchas más cosas, pero todas ellas son pequeñeces, que no valen la pena.

—Su punto de vista es realmente curioso —susurró Yi King—. ¿Tiene inconveniente en que vayamos a ver a Piao?

—Ninguno.

Salieron del coche, Baby un poco sorprendida, y caminaron hacia la casita del viejo chino. Cuando llegaron a la puerta, ésta se hallaba abierta, sólo ajustada. Yi King la empujó, y señaló el interior, La espía internacional tuvo sólo una breve vacilación. Había dicho que no temía a nada ni a nadie, así que ya no podía echarse atrás. Es decir, sí podía, pero no quería.

Entró, pues, en la casa, prácticamente codo a codo con Yi King, que iba encendiendo las luces. Cuando hubo encendido la del comedor, Baby miró, expectante, al chino.

—Me gustaría saber por qué hemos venido aquí, a terminar la conversación.

—¿No lo sabe? ¿Realmente no lo sabe?

—No tengo ni idea.

Yi King hizo un extraño gesto, y señaló hacia el dormitorio de la casita. Fueron los dos allá, él encendió la luz, y entraron.

Sólo un paso.

Después de aquel primer paso, Brigitte Baby Montfort quedó como congelada, palidísima. Un frío estremecimiento recorrió su cuerpo oprimido por la venda elástica que disimulaba sus senos.

—Dios… —jadeó, finalmente.

Se acercó a la cama, y se quedó mirando el cadáver de Tom Piao, que yacía sobre la manta. Estaba destrozado a balazos, prácticamente, pero no a balazos mortales, que indicaban una saña absurda en sus asesinos, sino que cada balazo tenía un escalofriante significado. Lo habían torturado con balas, disparando a sus codos, a sus rodillas, a sus manos, a sus orejas… Como en un relámpago alucinante, Brigitte se imaginó al pobre Tom Piao frente a dos o tres hombres, que le estaban disparando con pistolas con silenciador, destrozándolo y matándolo. El agujero en el centro de la frente, entre los bizqueantes y aterrados ojos del chino, había sido posiblemente el último.

—No han debido hacer esto con un pobre viejo —sonó casi llorosa la voz de Baby—… ¡No han debido hacerlo!

Yi King le dirigió una fría mirada.

—Lo mataron anoche mismo. En el día de hoy, quise ponerme en contacto con él personalmente, para preguntarle cosas sobre usted, antes de acudir a la cita en La Grulla Verde. Así que obtuve su dirección y vine a verlo. Lo encontré afuera, cerca de la jaula, tendido en el suelo, como… como una alimaña peligrosa, eliminada por unos cazadores. Lo traje aquí, a su lecho, y fui a la cita, a pesar de todo, porque yo tampoco temo a nada ni a nadie.

—Pobre Piao… ¡Pobre hombre!

La siguiente reacción de Yi King fue inesperadamente violenta. De pronto, agarró a Baby por un brazo, y la hizo girar, para encararse con ella, acercando al rostro de la divina espía el suyo, congestionado.

—¡Escuche, ya está bien, deje de tomarme el pelo! ¿Qué es lo que pretende usted, por qué ha hecho esto, con quién cree que está jugando? ¡Aunque estemos en América, el Lien Lo Pou sigue siendo el Lien Lo Pou, y aunque sea mil veces Baby, todo tiene un límite, incluso su petulancia! ¿Qué clase de juego tiene usted, que incluye el asesinato de un anciano inofensivo?

—No me gusta que me zarandeen, Yi King —dijo reposadamente Baby—. Así que retire su mano de mi brazo, o va a lamentarlo.

—¿Se permite amenazarme? ¡De acuerdo! —le soltó el brazo—. Ya tiene su brazo de diosa libre de mi sucio contacto. ¡Pero ahora, usted se va a venir con nosotros al *Kaliko*, y ya verá como toda su altanería se desploma, en cuanto hagamos algo más que zarandearla por el brazo!

—No soy altanera, sino razonablemente orgullosa —dijo la espía —. Y por otra parte, no pienso ir con usted a ningún sitio. Nuestro contacto…

No dijo más. Yi King había chascado los dedos, y entonces comenzaron a aparecer chinos… Dos aparecieron en la puerta, uno salió del vetusto armario, y dos más aparecieron de debajo de la cama. Cada uno de ellos empuñando una pistola, con la que apuntaban a Baby.

—Estaban esperándonos, y cuando nos vieron llegar, se escondieron, de acuerdo a lo convenido —dijo con fría indiferencia

Yi King—. Ahora le voy a sugerir que no cometa ninguna estupidez, y que se deje llevar con la misma docilidad con que va a hacerlo el viejo Piao. ¿Lo entiende?

—Entiendo perfectamente que ésta es una sucia trampa.

—¡No es ninguna trampa! Yo pensaba que algo había ocurrido entre usted y el viejo Piao, y que usted lo admitiría y me daría una explicación. ¿Y qué sucede, en lugar de eso? Llega usted a La Grulla Verde jugando a espías simpáticos, disfrazada de jovencito chino, con sus aires de vampiresa y con su…

—¡No tengo nada que ver con la muerte de Piao! —le cortó Brigitte, no menos irritada que él.

—¿No? Bueno, ya basta —miró un instante hacia los silenciosos chinos armados—… Llevadla al coche. Y también a Piao. ¿Ha venido alguien, ha habido alguna novedad?

Uno de los chinos movió negativamente la cabeza. Entre dos agarraron el cadáver de Tom Piao, y lo sacaron del dormitorio.

—¿Encontraron dinero en la casa? —murmuró Brigitte.

—Ni un centavo.

—Yo le di anoche a Tom Piao cincuenta mil dólares.

Yi King le dirigió una mirada furibunda. De pronto, lanzó su mano derecha fuertemente, acertando a Baby en pleno rostro, y derribándola sobre la cama. Saltó tras ella, la sujetó contra la manta con una mano, y con la otra arrancó de un tirón la lacia cabellera del disfraz, dejando al descubierto la gran cascada de sus negrísimos cabellos suavemente ondulados.

—Le diré lo que voy a hacer con usted, por querer burlarse de mí —siseó Yi King—: la voy a dejar desnuda aquí mismo, la voy a matar a golpes, después de fotografiarla, y voy a llevar las fotografías a Pekin, para que me den la recompensa que ofrecen por usted. ¡Eso es lo que voy a hacer, por puerca y asesina! ¡Y quítese ese maldito maquillaje, pues usted no es china, ni merece serlo, maldita sea su alma!

Con una furia incontenible, Yi King pasó la mano libre por el rostro de Baby, arrancando rudamente el maquillaje que daba el tono a su piel…, y recibiendo a cambio, en la frente, el tremendo golpe con los nudillos que le habría matado, si no se hubiese echado hacia atrás instintivamente, al notar el movimiento del brazo derecho de la espía más peligrosa del mundo. De este modo, el

golpe llegó amortiguado, pero con suficiente fuerza para echar hacia atrás a Yi King, que dejó libre de movimientos a Brigitte… Los tres chinos que quedaban en el dormitorio exclamaron algo, pero Yi King, mientras caía a un lado del lecho, gritó algo en chino, que les impidió disparar contra Baby, y, antes de que pudiesen tomar cualquier otra medida con respecto a ella, la espía norteamericana desapareció de su vista.

Desapareció, efectivamente.

Para pasmo de los tres chinos, y de Yi King, cuando comprendió lo ocurrido al sentarse en el suelo, la agente Baby saltó con fuerte impulso, desde la cama, hacia la ventana, con los pies por delante y cruzando los brazos ante el rostro, para protegerlo de los cristales de la ventana, que reventaron hacia el exterior, cuando sus pies los golpearon. Hubo un gran crujido de cristales y madera, toda la ventana reventó, y Baby desapareció en el exterior, en la oscuridad de la noche.

Yi King se puso en pie de un salto, gritando a todo pulmón, y haciendo reaccionar a los estupefactos chinos armados de pistolas, dos de los cuales corrieron hacia la puerta del dormitorio, mientras el tercero se acercaba a la ventana para mirar afuera…

Y afuera, Brigitte había caído de pie, envuelta en cristales y astillas, y parecía haber rebotado, saltando hacia delante, rodando una vez sobre sí misma por el suelo, y quedando de nuevo en pie. Un instante más tarde, saltaba entre unos arbustos de flores y quedaba inmóvil, lamentando haber tenido que dejar su maletín en la casa, debido a la agresión inicial de Yi King. Pero sacó su pistolita del escondrijo habitual, es decir, de la cara interna del muslo izquierdo, donde la había sujetado con una tira de ancho esparadrapo color carne.

Oía el movimiento de los chinos saliendo de la casa, y sus guturales voces ahogadas. Habían salido casi atropelladamente, reuniéndose con los dos que habían llevado el cadáver de Piao al coche, y que al oír el estrépito lo habían dejado en el suelo para regresar a la casa, a toda prisa.

—¡Está por la parte de atrás del huerto! —Oyó nítidamente a Yi King—. ¡La quiero viva, si es posible! Pero tened mucho cuidado: ¡es una maldita víbora!

Con un gesto de disgusto, Baby se dispuso a marcharse de allí,

sin darles a los chinos la menor oportunidad para encontrarla. Se irguió, dio media vuelta, y comenzó a alejarse…, hasta que sus pies se metieron en el agua. ¿Agua? ¿Qué significaba aquella agua, dónde estaba?

—Yo miraré en la charca —oyó a Yi King.

Una charca. Baby se quedó mirándola, desconcertada al principio, e irritada acto seguido. Si se metía allí, King la iba a ver, pues quizá ni siquiera fuese lo bastante honda para que pudiese sumergirse, aunque fuese durante unos segundos.

Por otra parte, si se hundía completamente, la pistolita se mojaría, y entonces quedaría desarmada. Aunque quizá si se sumergía completamente, pero dejando fuera solamente la mano con la pistola… Lo probaría.

Comenzó a meterse en la charca, lentamente, procurando no hacer ruido con el agua. Ya estaba con ésta hasta la cintura cuando se volvió, para continuar caminando de espaldas al centro de la charca, y poder vigilar la orilla.

Y en este momento comenzaron a suceder aún más cosas. Con nitidez, oyó los ahogados estampidos de disparos efectuados con silenciador, y, aún más nítidamente, los gritos de dolor. Alrededor de la charca se organizó una confusión tremenda, matizada por disparos silenciosos y gritos de dolor… Por la derecha de la espía apareció en el borde de la charca un chino, corriendo, chapoteando y trompicando, conteniendo el equilibrio con grandes dificultades; pero, por detrás le llegaron algunas balas, y, profiriendo un gemido agudo, el chino cayó de bruces en el agua, quedando flotando y con los brazos tendidos hacia adelante.

Por delante mismo de Brigitte, las matas se apartaron, y, al resplandor de las estrellas, identificó en el acto a Yi King, cuyo rostro se veía casi blanco, en la oscuridad relativa… Yi King estaba todavía apartando las matas cuando lanzó un alarido, intentó volverse, y recibió otro balazo en la espalda. Aun así, se volvió…, justo a tiempo de recibir el balazo en el pecho, que lo tiró de espaldas al agua, alzando una gran salpicadura. Mientras tanto, cerca de la casa se oían más gritos de dolor, más disparos ahogados, exclamaciones…

Y de pronto, el silencio.

Un silencio que se prolongó tanto que las aguas de la charca

quedaron de nuevo convertidas en un espejo; un espejo en el que flotaban dos hombres chinos, uno de bruces y el otro de espaldas… Un silencio tan prolongado que, de pronto, una rana comenzó a croar, cerca de Brigitte, sobresaltándola. En seguida, comenzaron a oírse más ranas, tímidamente al principio, pero muy pronto con gran entusiasmo…, hasta que, de pronto, volvieron a quedar silenciosas.

Con agua hasta el cuello, Baby permanecía inmóvil.

Cuando oyó frente a ella el rumor de las matas apartándose, movió el brazo derecho, apuntando la pistolita hacia allí. Apareció la silueta de un hombre, que le pareció demasiado alto para ser chino. Casi en seguida, dos hombres más; uno a cada lado del primero.

—Aquí hay dos más —dijo éste, en ruso—… Y desde luego están muertos y remuertos.

—Marchémonos, entonces. Tenemos a uno vivo, que será suficiente para que nos diga qué informó exactamente Yehudi Chevenkof al chino con el que se entrevistó en la Avenida B.

—Si el maldito viejo Piao hubiese hablado, ahora lo sabríamos todo ya —refunfuñó el tercero—. En cambio, todo lo que sabemos es que esta mañana estuvo aquí ese que flota panza arriba, que llamó a varios amarillos más, que quedaron en la casa, y que él se fue a Nueva York, donde estuvo paseando hasta ir a La Grulla Verde… Me pregunto si es el mismo que estuvo con Chevenkof en la Avenida B o es otro… ¡Ni siquiera pudimos verle bien, antes de que escapase!

—Será mejor que nos marchemos —insistió el mismo de antes—. Todo lo que podemos hacer ahora es enterarnos de lo que Chevenkof pudo decirle al chino de la Avenida B, sobre nuestros planes, a fin de que el Directorio obre en consecuencia, cambiándolos si es necesario, ya que no sería imposible que los chinos, con tal de fastidiarnos, informasen a la CIA sobre nuestros proyectos, en las elecciones presidenciales.

—Yo estoy convencido de que los chinos sabrían sacar mejor partido de esa información, utilizándola ellos mismos, que facilitándosela a la CIA.

—Puede venir alguien —insistió el mismo, inquieto.

—¿Quién va a venir aquí? El Viejo vivía en el campo, como un

conejo… Además, falta el chino más joven, el que se reunió con éste —señaló a Yi King— en La Grulla Verde.

—Ése está muy lejos de aquí ahora —rió el otro.

—Bien… Realmente, lo mejor será que nos larguemos de aquí cuanto antes, con el chino que hemos cazado vivo… ¡Ya veréis como ése no aguanta lo que el viejo!

A medida que ellos iban hablando, los ojos del «joven chino» metido en la charca, entornados los párpados, iban de uno a otro hombre, mientras la pistola permanecía apuntando al primero. Si disparaba, era segurísimo que mataría a uno de ellos; posiblemente, tendría tiempo de matar a dos. Pero era también segurísimo que el tercero la acribillaría en la charca… Así pues, la agente Baby se limitó a permanecer inmóvil y alerta, dispuesta a reaccionar sólo si la veían y la atacaban.

Tal cosa no sucedió. Los tres soviéticos terminaron su conversación, y desaparecieron al otro lado de los arbustos. Brigitte no oyó nada más, pese a que aguzó al máximo su finísimo oído. ¿Eran tan astutos que le estaban tendiendo una trampa, esperando que ella saliese se su escondrijo?

Poco después, las ranas comenzaron a croar, una vez más.

Y volvieron a enmudecer cuando, entonces, la agente Baby comenzó a desplazarse hacia la orilla de la charca. Una charca pequeña, realmente. Tanto, que ni siquiera habría cabido en ella un yate.

Capítulo V

El *Kaliko* resultó ser un yate.

Estaba surto en uno de los embarcaderos cercanos a Battery Park, y en aquel momento parecía que no había nadie en cubierta… Al principio, Baby había pensado que aquel nombre, mencionado por Yi King, podía referirse a un lugar como La Grulla Verde, quizá a un restaurante chino, incluso a uno de los pequeños teatros. Pero, reflexionando, llegó a la conclusión de que *Kaliko* no parecía un nombre chino, sino más bien uno de esos nombres más o menos raros que muchas personas buscan para ponerlos especialmente en embarcaciones.

Y había acertado.

Tardó dos días en encontrar el *Kaliko*, pero, por fin, allá lo tenía. Dedicó no menos de una hora a observarlo desde lejos, con prismáticos; mejor dicho, con los pequeños gemelos de teatro que siempre llevaba en su maletín… También en esta ocasión llevaba su maletín, pero su aspecto no era el de Baby. Tampoco el de una rubia, ni el de un joven chino. Y por supuesto, no era el aspecto de Brigitte Montfort el que ésta estaba utilizando en tal ocasión.

En esta ocasión, la agente Baby era una pelirroja alta, con lentes, de ojos verdes, boca muy roja, rostro pecoso, vestida con cierta vulgaridad, aunque con ropas de buena calidad. Llevaba unos zapatos no sólo de tacón alto, sino de altísima plataforma, de modo que su estatura, en estas condiciones, rebasaba el metro ochenta.

En estas condiciones, y con la larga cabellera roja al aire, no era de extrañar que el chino que había aparecido en la cubierta del *Kaliko* se fijara en ella mucho antes de que llegara al yate, mucho antes de que, pasmado como nunca en su vida, se quedase mirando a la hermosísima mujer que había abordado el yate y estaba ante él, mirándole con sonrisa entre amable y burlona.

—Quisiera ver a Yi King —dijo la pelirroja, en inglés, pero con

fuerte acento de otro idioma.

—¿Qué…?

—¿Es usted el cocinero del yate?

—¿El cocin…? No. ¿Por qué habría de serlo?

—Porque todos los cocineros que conozco son chinos. ¿Puedo ver al señor King, sí o no?

—Aquí no hay ningún señor King.

—¿No? Bueno, debo haberme equivocado de yate… Estoy buscando el *Kaliko*.

—Este es el *Kaliko*.

La pelirroja se quedó mirando aviesamente al chino, que le llegaba poco más arriba de la barbilla. Pero, de pronto, volvió a sonreír.

—Escuche, no tengo muchos deseos de bromear, ni de perder el tiempo, francamente. Sólo quiero que el señor King me diga qué ha pasado, por qué Yehudi no ha vuelto a reunirse conmigo en Washington… ¿Me comprende?

—No.

La pelirroja hizo un gesto de impaciencia.

—Mire, dígale al señor King que quiero verle para que me facilite noticias de Yehudi, y que, si no me recibe y me atiende satisfactoriamente, deberá atenerse a las consecuencias. Esto si lo entiende usted, ¿verdad?

—Veré si el señor King es conocido del propietario del yate. Eso sí es posible, y yo no tendría por qué haberlo sabido antes.

—Muy razonable. Dígale al dueño del yate que mi nombre es Irina, y que soy… amiga de Yehudi Chevenkof.

—Irina, Yehudi Chevenkof… Sí, bien. Espere aquí, por favor.

Irina asintió. El chino desapareció en el interior del yate, y la pelirroja se dedicó a mirar hacia mar abierto, como si nada en el mundo le preocupase; luego, se volvió a mirar hacia el interior, y al contemplar aquella mole de edificios, su ceño se frunció.

«Ah, New York, New York…, ¡todavía no sé si eres horrible o maravillosa!».

En la parte baja de los rascacielos comenzaban a encenderse luces eléctricas. En la jungla de asfalto, los que más alto vivían todavía tendrían luz natural unos minutos más. Pocos, pero siempre era algo gozar un poco más de la luz del día… Por el East River se

deslizaban varias embarcaciones, ya encendidas las luces reglamentarias. Desde tierra adentro, llegaba el rumor interminable y masivo de miles de motores. En el puente de Brooklyn, y más allá en el Manhattan, comenzaban también a verse luces rojas de los automóviles…

Irina volvió la cabeza, y se quedó mirando al reaparecido chinito, que efectuó una inclinación de cabeza.

—Venga, por favor.

Ella hizo el gesto de quien piensa que no podía ser de otro modo, y entró en el yate tras el chino, que la condujo al saloncito; no demasiado grande, pero lo parecía, debido a la sobriedad de su decoración y al diseño de los ventanales corridos al nivel de la cubierta… En un lado, ocupando uno de los sillones de un gracioso tresillo forrado de seda blanca, había un viejo chino, que se puso en pie, sonriente.

—Sea bienvenida, señorita Irina —dijo en inglés.

Ella se acercó, también sonriente, y se sentó frente a él, que había señalado al otro sillón.

—¿Es usted Yi King? —preguntó.

—No. Creí que conocía usted a Yi King.

—No, no —negó Irina—… Yo conozco a Yehudi, naturalmente, y él me habló de Yi King y de otras cosas; pero no conozco a Yi King personalmente.

—Entiendo. Por lo tanto, fue Yehudi quien le habló de este yate.

—Exacto. Bueno, quiero que usted lo entienda bien, señor…, señor…

—Llámeme Lao Ming —sonrió el anciano.

Era más viejo que Tso Piao, sin duda alguna. Debía tener no menos de setenta años, y todos sus cabellos eran ya blancos, y su rostro estaba muy arrugado; pero sus negros ojos todavía sonreían con energía y miraban con profundidad, y en su delgada boca, apenas visible, aparecía un gesto seco y resuelto.

—Señor Lao Ming —asintió Irina—… Pues bien, señor Lao Ming, quiero que usted lo entienda bien: Yehudi y yo somos amantes.

—Oh.

—Ya sé que es una vulgaridad, pero así es la vida, ¿no le parece?

—¿La vida? Bueno, me parece que la vida no es exactamente «así», pero tampoco creo que sea el momento adecuado para esta

clase de disquisiciones. Por otra parte, yo he sido siempre muy comprensivo con los asuntos relacionados con el sexo. Me parece de lo más natural que un hombre goce de una mujer.

—¿Quiere decir que no le parece igualmente natural que la mujer goce del hombre?

Por un instante, el ceño de Lao Ming se frunció. Luego, en su arrugado rostro reapareció la sonrisa.

—A decir verdad, esa cuestión todavía me tiene bastante perplejo. Pero, claro, mi punto de vista se remonta a muchos años, y es casi seguro que no sería comprendido actualmente.

—En definitiva, usted no admite que la mujer pueda gozar del sexo, que tenga a ello todo el derecho del mundo.

—¿Ha venido usted aquí a eso? —sonrió Lao Ming.

—En cierto modo —rió la pelirroja—. Aunque no con usted, ya que mi intención es encontrar a Yehudi, mi amante.

—Claro. ¿Viven ustedes juntos, según entiendo?

—No. Los dos trabajamos en la embajada rusa en Washington, pero mientras yo resido habitualmente en ella, Yehudi se las ha arreglado para alquilar un apartamento en la ciudad. Y precisamente en ese apartamento es donde… ¿Comprende?

—Sí, sí. Es de imaginar lo comprometido que las actividades sexuales de ustedes debían resultar, en la propia embajada soviética… Bien, me estoy enterando de una vulgar historia de amor carnal, señorita Irina, pero temo que eso no va a conducirnos a nada, por la sencilla razón de que no conozco a nadie llamado Yehudi Chevenkof.

—En ese caso, ¿por qué me ha recibido?

—Porque mi tripulante ha asegurado que usted no aceptaría explicaciones de otra persona que no fuese el propietario del yate, de modo que…

—¿Y usted es el propietario del yate?

—En efecto.

—¿Y no conoce tampoco a Yi King?

—Lo siento, pero no, no le conozco.

Irina quedó como decepcionada, muy pensativa. Colocó sobre la mesita el maletín, lo abrió, sacó cigarrillos, y ofreció a Lao, que rechazó la invitación con un gesto. Ella se puso un cigarrillo en los labios, sacó un pequeño encendedor del maletín, y lo encendió…

Luego, dejó el encendedor sobre la mesita, como al descuido. Un pequeño encendedor de oro, con una incrustación de jade, representando un dragón minúsculo. Por supuesto, la mirada de Lao Ming no dejó de fijarse en el pequeño encendedor. Acto seguido, miró de nuevo a Irina, que le sonreía maliciosamente.

El anciano chino sonrió simpáticamente.

—Es un bonito encendedor —lo señaló—… ¿Pertenece a otro de sus amantes?

—No —rió ella—. Y usted lo sabe perfectamente. ¿Qué le parece si dejamos de fingimientos y tonterías, Lao Ming?

—De acuerdo. ¿Qué le ha ocurrido a Yeng Li? —señaló el pequeño encendedor.

—¿Yeng Li?

—El dueño de ese encendedor.

—¿Se refiere usted a un chino joven, apuesto, atractivo, no muy alto, pero atlético, fuerte…?

—Sí.

—Yo creía que él era Yi King —susurró Irina.

—No. El joven de quien estamos hablando es Yeng Li.

—Pero entonces…, ¿por qué dijo ser Yi King cuando nos encontramos en La Grulla Verde? ¿Y dónde está Yi King?

—Si los dos nos dedicamos a hacer preguntas, ninguno de los dos obtendrá respuestas —sentenció Lao Ming.

—Magnífica filosofía china —sonrió a medias Irina—… Está bien, yo voy a contarle a usted la verdad de lo que sé, y luego le tocará a usted. ¿De acuerdo?

—Me parece justo y razonable.

—Empezaré por decirle que cuatro de sus amigos han sido brutalmente eliminados por tres agentes rusos…

—Eso lo sabemos ya. Encontramos sus cadáveres en la casa del buen Piao; con lo que, sumando a éste, resulta que los rusos nos han eliminado a siete hombres en cuarenta y ocho horas…

—Sólo cinco. Los rusos se llevaron vivo a uno, para interrogarlo, y yo tengo a Yeng Li a salvo, en cierto lugar. Está muy, muy grave, pero un médico amigo mío asegura que tiene el noventa por ciento de posibilidades a su favor. Si tenemos en cuenta que no se ahogó en la charca, yo creo que todo lo demás podrá superarlo.

—Evidentemente, usted ni es rusa ni se llama Irina.

—Vamos, vamos, Lao Ming; usted ya ha tenido que comprender que soy Baby.

—Y supongo que no ha tenido nada que ver con la muerte de mis amigos.

—He tenido que ver en esas muertes, en el sentido de que ellos se habían movilizado por mí, pero no creo que yo sea ser responsable de sus muertes. De eso se encargaron tres rusos. Verá lo que ocurrió: de acuerdo a la petición de cita que le hice a Tom Piao, yo me presenté en La Grulla Verde, vestida como un joven chino. En seguida vi en una mesa al hermoso chino que tenía ante él un ejemplar del Morning News, así que me acerqué a él…

Mientras Irina hablaba y fumaba, Lao Ming la iba mirando atentamente; producía la impresión de que cada gesto, cada inflexión de voz, cada mirada de la espía internacional, era captada por los negros y brillantes ojos del anciano, como absorbiéndolo todo y haciéndolo pasar por una analizadora de Verdad y Mentira.

Cuando ella terminó el relato de lo ocurrido, Lao Ming preguntó:

—Entonces, ¿Yeng Li está vivo?

—Ya le he dicho que lo llevé en uno de los coches a un lugar donde está completamente a salvo. Se lo devolveré cuando esté en condiciones.

—Se lo agradeceré —murmuró el anciano—… Llevo dos días muy preocupado por él. No sólo por su vida, sino porque, al no encontrarlo, creímos que se lo habían llevado para torturarlo e interrogarlo, en efecto, como usted dice que han hecho con el otro compañero.

—En ese caso, quizá debieran escapar cuanto antes, ¿no le parece? —se sorprendió Baby.

—¿Para qué? Si Yeng Li hablaba, no podríamos escapar de ninguna manera. Y si no hablaba, ¿por qué realizar ninguna acción comprometida, como habría sido hacernos a la mar rápidamente? En cuanto al otro, no nos preocupa, pues nada sabe. Ni siquiera conoce el *Kaliko*. Sólo nos preocupa Yeng Li.

—Por el momento, ese muchacho no está en condiciones de ser trasladado. Bien, estoy esperando una explicación respecto a Yi King, y su contacto con el agente ruso Yehudi Chevenkof, así como los planes rusos sobre las elecciones presidenciales norteamericanas, próximas a realizarse en su fase final. ¿Dónde está Yi King?

—Yo podría ser Yi King.

—No. Ha de ser más joven, o si lo prefiere, más fuerte que usted, y más ágil. Lo suficiente, al menos para poder descender de un cuarto piso, sujetándose a un cable.

Lao Ming asintió, e inició el gesto de ponerse en pie.

—¿Me permite que la deje sola un par de minutos? —pidió.

—Desde luego.

El anciano chino abandonó el saloncito del yate, dejando a la pelirroja aparentemente tranquila, pero, en realidad, muy atenta a cualquier sonido que se produjese a su alrededor, en el ámbito del yate… Todo lo que sucedió fue que, efectivamente, dos minutos más tarde regresó Lao Ming, que le hizo una seña.

—Sea tan amable de acompañarme.

Baby fue tras el chino por el breve pasillo de distribución de camarotes. La puerta de uno de éstos fue abierta por Lao Ming, que se apartó, cediendo el paso, y se quedó mirando, con divertida expresión, a la espía más peligrosa del mundo.

—Supongo que quiere usted conocer a Yi King, ¿no es así?

La pelirroja entró en el camarote, con gesto resuelto. No había dentro del camarote más que una persona, un chino de edad aproximada a los cuarenta años, que yacía en la litera inferior. Un chino que se quedó mirándola con expresión escrutadora, incluso desconfiada. Estaba pálido, demacrado, pero sus ojos parecían dos brasas en plena vigencia… Baby volvió la cabeza cuando oyó cerrarse tras ella la puerta del camarote. Lao Ming sonrió, y señaló al hombre de la litera.

—Él sí es Yi King —dijo.

Baby volvió a mirar al hombre de la litera.

—¿Le hirieron los rusos, cuando huía de la casa de la Avenida B? —preguntó.

Yi King, el auténtico Yi King, entornó los ojos y apretó los labios, eso fue todo. Lao Ming acercó un pequeño taburete a la litera, ocupándolo después de que, a una seña suya, la pelirroja se hubiese sentado en la silla.

—Yi King, en efecto, resultó herido en aquella casa, cuando descendía por el cable hacia los patios interiores. Como es natural, nosotros tenemos médicos aquí, a nuestra entera disposición, pero sucedió algo inesperado: al extraerle la bala, Yi King sufrió un

infarto y no ha sido fácil conservarlo con vida. Afortunadamente… ¿De qué se ríe usted? —se sorprendió realmente Lao Ming.

—No me río… Sólo sonrío por el hecho de que un espía haya caído, víctima de un vulgar ataque al corazón, al serle extraída una bala. No es así como nos ven las personas aficionadas a las películas de espionaje.

—Comprendo su punto de vista —sonrió entonces Lao Ming, pero no Yi King, que seguía escrutando en silencio a Baby—… Sí, es poco emocionante, desde luego, pero yo opino que si alguien puede ser disculpado, por sufrir una debilitación cardíaca, ese alguien debemos ser los espías.

—Completamente de acuerdo. Pero observo que Yi King ya está bien… ¿O no?

—Afortunadamente, como iba a decirle, un especialista en acupuntura, que reside en cierta ciudad no muy lejos de aquí, pudo ser localizado a tiempo. Estaba pescando, disfrutando de un par de días de vacaciones.

—Capto perfectamente lo vulgar de todas las situaciones —sonrió Baby—… De acuerdo, Yi King está bien, y yo me alegro. ¿Qué le parece si ahora hablamos de esas elecciones presidenciales trucadas, Yi King?

—¿Usted es realmente Baby? —habló, de pronto, Yi King, en perfecto inglés.

—Realmente.

—En ese caso, no entiendo por qué me hace una pregunta cuya única respuesta debe usted ser de las personas que mejor conocen. No sé qué clase de trampa nos ha tendido usted, pero lo cierto es que no va a salir con vida de ella, tampoco usted… ¡Matadla!

La doble puerta del armario del camarote se abrió, de pronto, sobresaltando a Baby, y dos chinos saltaron de su interior al centro del camarote…, al mismo tiempo que Baby saltaba de la silla hacia un lado, y la pistolita de cachas de madreperla aparecía en su mano, apuntando hacia los dos chinos…

Justo en ese instante, el anciano Lao Ming caía sobre ella, aferrándose con fuerza a su cuerpo, gritando algo en chino. Brigitte comprendió que la orden dada por Loa Ming se refería a ella, a que la quería viva, y decidió sacar partido de la situación. Se deshizo del anciano con un rodillazo en el bajo vientre, y se dispuso a

apuntar de nuevo a los dos chinos armados…

Incluso tuvo tiempo de ver fugacísimamente la culata de la metralleta, un instante antes de que ésta golpease en su frente.

¡Clock!, resonó su cabeza, mientras parecía que todas las luces perdían intensidad. Todavía intentó alzar su mano armada con la pistolita, pero entonces recibió el taconazo en el vientre, que la tiró contra un tabique… Cuando caía hacia delante, ya sumergiéndose en la oscuridad, todavía recibió otro golpe con la culata de una metralleta, ahora en un lado del cuello.

Y la inmersión en la oscuridad fue total.

Capítulo VI

A quien primero vio, al abrir los ojos, fue a Yi King, que la miraba con fijeza hipnótica, hoscamente. En seguida, vio a Lao Ming, que estaba sentado de nuevo en el taburete, con el maletín de ella sobre sus rodillas, y todavía con una cierta expresión de dolor en sus facciones. Detrás de ella, alguien estaba atando sus manos a la silla. Es decir, que había permanecido sin sentido muy poco tiempo. Quizá ni siquiera un minuto.

—No debí confiar en unos chinos —susurró la divina.

—Somos nosotros quienes no podemos confiar en los americanos; ni siquiera en la famosa Baby… ¿Qué jugada se traen ustedes? ¿A qué viene ese cuento de involucrar a los rusos en esto? —Parecía ladrar Yi King—. ¿Tan estúpidos cree que somos?

—¿Involucrar a los rusos? ¡Pero si Chevenkof…!

—¡Déjese ya de tonterías! —gritó Yi King—. ¡Ni Chevenkof, ni nada…! ¡Aquel hombre de la Avenida B se llamaba Ronald Carslile, y era norteamericano, ¿se entera?! Para más datos todavía, le diré que era un agente de la CIA.

—No… No, no, Yi King, espere…

—¡No tengo que esperar nada! ¡Maldita sea usted, y todos sus malditos amigos…! ¡Son todos unos puercos, y bien que lo están demostrando, con el asunto de las elecciones!

—Yi King, usted está equivocado —procuró mantenerse serena y tranquila la pelirroja—. Puedo asegurarle que Yehudi Chevenkof era un agente de la MVD. Su documentación, a nombre de Ronald Carslile no significa, en modo alguno, que fuese realmente norteamericano.

—Y yo le digo a usted que Carslile era norteamericano, de la CIA.

—Era un ruso. De la MVD.

—Norteamericano.

—Ruso.
—Norteamericano.
—¡Le digo que era ruso, ruso, ruso…!
—¡Y yo le digo…!
—¿Por qué discutir? —intervino Lao Ming, sonriendo secamente—. No vale la pena molestarse, Yi King. Nosotros tenemos algo que hacer con la información que te facilitó Ronald Carslile, y eso es lo que vamos a hacer, ya lo estamos preparando todo, como te dije ayer… No tenemos ningún problema, nosotros. Lo tendrán los norteamericanos cuando nuestro programa salga al aire, pero no nosotros. Por otra parte…
—¿Qué programa? —exclamó Brigitte—. ¿A qué se refieren?
—Lo sabrá todo muy pronto, porque acabo de decidir que usted va a tomar parte en él, señorita Montfort.
La mirada de Brigitte bajó velozmente a las manos de Lao Ming, donde, en efecto, estaban los pasaportes que ella llevaba siempre ocultos en el doble fondo de su maletín. Y mientras hablaba, Lao Ming tendía su pasaporte estadounidense a Yi King, que lo tomó rápidamente, lo miró, y lanzó una exclamación de alegría. De pronto, miró a Lao Ming, y comenzó a hablar rápidamente en chino. Durante más de un minuto, los dos estuvieron conversando, mirándola de cuando en cuando. Por fin, Lao Ming sonrió a Brigitte.
—Tenemos muy buenas ideas respecto a usted, señorita Montfort. Vamos a…
—Se equivoca —sonrió la divina—. Mi nombre verdadero no es ése.
—¿No? ¿Cuáles? Su pasaporte americano…
—¿Por qué ha de ser auténtico ese pasaporte? Observe que hay más pasaportes, Lao Ming: uno inglés, a nombre de Nora Tisdale; uno francés, a nombre de Monique Lafrance; uno ruso, a nombre de Galina Cherkova… ¿Por qué éstos han de ser falsos, y el americano, auténtico? ¿Por qué puedo ser Brigitte Montfort, la famosa periodista americana…, y por qué no puedo ser Galina Cherkova, una importante espía de la MVD…, o una periodista francesa, llamada Monique Lafrance?
—Si usted es Baby, tiene que ser americana.
—Yo, sí, pero…, ¿por qué mi pasaporte auténtico tiene que ser el de Brigitte Montfort? ¡Puede que ni siquiera sea uno de los otros,

puede que ni siquiera sea americana!

—Eso lo sabremos muy pronto —murmuró Lao Ming—: si usted no es Brigitte Montfort, es de suponer que cuando uno de mis hombres llame por teléfono a esa periodista, ella pueda contestar, ya sea en su casa o en el Morn… ¡Claro! ¡Brigitte Montfort trabaja en el Morning News, y Baby pidió qué Yi King fuese a La Grulla Verde con un ejemplar del Morning News…!

—Simple coincidencia —insistió Brigitte.

Yi King devolvió el pasaporte a Lao Ming, diciendo algo de nuevo en su idioma. Lao Ming asintió, se acercó a Brigitte, y dio un fuerte tirón de la roja cabellera…, que, naturalmente, quedó en su mano, dejando ver los negros cabellos naturales de la espía, recogidos en la parte alta de la cabeza, bajo un fino casco de plástico a presión. Los dos chinos se quedaron mirándola irónicamente, y por fin, Brigitte bajó la cabeza y murmuró:

—¿Cuál va a ser mi parte en ese programa que están preparando? ¿A qué se refieren?

—¿Usted no sabe el programa que se refiere a las elecciones presidenciales trucadas?

—No… No sé nada de eso.

—Vamos, vamos… ¿Usted no lo sabe…, y en cambio lo sabía Ronald Carslile, que era mucho menos importante que usted?

—Ronald Carslile era un ruso llamado Yehudi Chevenkof, Yi Ming. ¿Cómo he de decírselo?

Yi Ming y Lao Ming volvieron a conversar en su idioma. Luego, Lao Ming preguntó:

—¿Con cuántos hombres ha venido?

—¿Se refiere aquí, al yate?

—Claro. ¿Cuántos hombres están ahora controlando el *Kaliko*?

—Calculo que dieciocho o veinte.

Hubo una crispación en el rostro de Yi King.

—Está bien. ¿Puede comunicarse con ellos?

—Por supuesto.

—Pues hágalo. Dígales que el *Kaliko* va a zarpar ahora mismo, con usted dentro. Si nos siguen de algún modo, o intentan algo, no sólo la mataremos a usted, sino que radiaremos la orden para que se proceda a la acción de nuestro comando.

—¿Qué comando?

—Señorita Montfort —deslizó amablemente Lao Ming—; no puede usted creer que somos tan estúpidos, por favor. ¿Realmente piensa que estamos anclados en el puerto de Nueva York, sin haber tomado nuestras precauciones? ¿De verdad piensa que todo se reduce a unos cuantos ingenuos espías chinos que, como recurso, lo único que pueden hacer es salir corriendo como conejos, a la menos señal de peligro? ¿Usted no ha comprendido que a raíz de la información que Ronald Carslile le facilitó a Yi King, nosotros, el Lien Lo Pou, hemos montado un sistema de total seguridad alrededor nuestro, con el fin de lanzar al aire nuestro programa, es decir, la información que nos facilitó Carslile?

—Lanzar al aire… ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que nosotros, el Lien Lo Pou, tenemos preparado un programa, que será televisado prácticamente en todo el país. Un programa cuya idea y argumento basado en la realidad nos fue facilitado por el ciudadano norteamericano y agente de la CIA, Ronald Carslile.

—¡Usted está loco! ¿Cómo van a poder televisar algo? ¿De qué medios disponen?

—Disponemos de todas las emisoras del país. Serán las propias emisoras americanas las que televisarán nuestro programa. ¿Y sabe por qué lo televisarán?

—¿Quiere decir que ustedes disponen de algún medio para obligar a las emisoras de televisión a hacerlo, a televisar su programa?

—Efectivamente. Es un programa que está en fase de grabación en cintas de video-tape, de la cual obtendremos las suficientes copias para que las cadenas más importantes lo televisen simultáneamente, a ser posible a una hora que, por supuesto, será la de mayor audiencia en el país. Nuestro… punto de presión para conseguir que el programa sea televisado consiste en una… amenaza. Sí, es una amenaza, de modo que no podemos llamarla de otro modo. Es la misma amenaza que vamos a esgrimir contra sus compañeros de la CIA que están vigilando el *Kaliko*, si cuando nosotros zarpamos intentan molestarnos de algún modo o seguirnos.

—¿Qué amenaza es ésa? —murmuró Brigitte.

—Bueno… Tenemos ya debidamente instalado un comando de doce hombres que, en cuestión de segundos, puede provocar una

gran tragedia en Estados Unidos.

—¿Qué tragedia? —Palideció Brigitte.

—La voladura de la Estatua de La Libertad —sonrió Lao Ming.

—Aunque —añadió en el acto, sonriente, Yi Ming— también podría ser la voladura del Empire State Building.

—O quizá de la Presa Hoover, en Nevada… ¿O está en Arizona?

—O de algún polvorín de alguna base militar… ¿Se encuentra usted bien, señorita Montfort?

—No… No.

—Lamentable. Veo que ha comprendido perfectamente la situación: si la CIA nos molesta, o las cadenas de televisión del país se niegan a lanzar al aire nuestro programa, que a fin de cuentas es el objetivo que nos ha movilizado a todos los agentes más importantes del Lien Lo Pou en el continente americano, nuestro comando procederá a cumplir las órdenes recibidas, y en cierto lugar de Estados Unidos ocurrirá algo terrible que ocasionará cientos o miles de muertes. ¿Podrían ser millones, Yi King?

—No tanto —sonrió fríamente Yi King—. Pero el susto sería considerable, y estoy seguro de que, antes de que otro comando nuestro fuese movilizado, nuestro programa sería puesto en el aire.

—Pero…, ¿qué programa es ése? —inquirió la impresionada Brigitte.

—Lo llamamos «La basura llamada USA». Pero…, ¿quizá le gustaría verlo, señorita Montfort?

—Si… Sí, me gustaría verlo.

—Además, es conveniente que lo vea —adujo Lao Ming—. A fin de cuentas, la señorita Montfort, nada menos que la más famosa y querida periodista, norteamericana, y por añadidura la agente Baby de la CIA, va a ser nuestra locutora.

—Genial idea —exclamó Yi King—. ¡Brigitte, la agente Baby de la CIA; poniendo voz al programa que verán millones y millones de norteamericanos: «La basura llamada USA»! ¡No seré yo quien me pierda el mejor programa de televisión, jamás emitido en los sucios Estados Unidos de América!

—Queda un pequeño detalle —deslizó suavemente Lao Ming, siempre fija su mirada en Brigitte—, me refiero a Yeng Li. ¿Sabía usted que es mi nieto, señorita Montfort?

—No —musitó ésta.

—Bien, pero ahora lo sabe. ¿Dónde hemos de ir para hacernos cargo de mi querido Yeng Li?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? Si no recuerdo mal, antes ha dicho que lo tenía en determinado lugar…

—Lo siento. Está en el río.

—¿En el río? —Se tensó el cuello del anciano.

—Es cierto que me lo llevé de la casa de Tom Piao, pero estaba muy mal, y murió camino de un chalet que tengo a cierta distancia de Nueva York. Le quité lo que llevaba encima, y lo tiré al río… Me quedé su encendedor porque quería hacerles creer, a quienes estuviesen en el *Kaliko*, que él todavía estaba vivo y en mi poder, por si tenía necesidad de un… rehén que salvaguardase mi persona.

—¿Y por qué confiesa ahora que Yeng Li Murió? —se sorprendió Yi King.

—Es evidente, ¿no? —refunfuñó Baby—. Está bien claro que no puedo entregárselo a ustedes, puesto que lo tiré al río, y sólo Dios sabe dónde puede estar ahora su cadáver. Pero les aseguro que no lo maté yo. Intenté salvarlo, pero él ya estaba…

—Cállese —le interrumpió Lao Ming—. ¡Cállese!

Quedaron los tres silenciosos; el anciano, inexpresivo, pero no tanto que Brigitte dejase de darse cuenta de su pesar. Por fin, Lao Ming se pasó las manos por la cara, y volvió a mirar a la espía.

—Está bien. Llame ahora a sus compañeros de la CIA, y dígales qué si intentan seguir al *Kaliko* o nos atacan por cualquier medio, sucederán dos cosas. La primera, que usted será eliminada en el acto. La segunda, que nuestro comando entrará en acción. ¿Tiene alguna duda?

—No. Necesito una radio a transistores que hay en mi maletín, el transmisor está dentro de la radio.

Lao Ming colocó ante Brigitte el maletín de ésta, abierto. La espía tomó lo que parecía un aparato de radio a transistores, en efecto, y utilizó el pequeño emisor disimulado dentro para hacer la llamada obteniendo una respuesta casi instantánea.

—¿Sí?

—Simón, soy Baby.

—Ah… Bien, dígame.

—Por favor, no me interrumpa. Ni me discuta, quiero que se

alejen del yate, y que en ningún momento lo sigan, lo hagan vigilar, y mucho menos, que intenten atacarlo. Unos… caballeros del Lien Lo Pou me tiene prisionera, y si ustedes les molestasen, me matarían en el acto. ¿Me ha entendido?

—Por supuesto. ¿Qué tenemos que hacer, entonces?

—Nada. Absolutamente nada. Están preparando un extraño programa de televisión, en el que pretenden que yo tome parte. De momento, van a llevarme a un lugar que desconozco; pero insisto; no hagan nada, no nos sigan. Oportunamente, volveré a llamarles, para ponerles al corriente de las pretensiones de estos colegas.

—¿No puede adelantarnos nada?

—Me están haciendo señas de que no. Lo siento, Simón. Por favor, no hagan nada: simplemente, esperen un nuevo contacto. ¿Cuento con ello?

—Naturalmente.

—Gracias, Simón. Espere mi próxima llamada.

Baby cortó la comunicación, y miró a Yi King, que seguía escrutándola con gran atención. Pero, al parecer, tanto King como el anciano aprobaban su conversación con Simón…, el cual, por cierto, debía estar desconcertado y aterrado, ante aquella noticia, por la sencilla razón de que, hasta aquel momento, lo mismo Simón-Floristería que tío Charlie, o que cualquier otro agente del sector Nueva York de la CIA, no tenían la menor noticia de que la agente Baby estuviese trabajando en solitario, en aquel asunto de las elecciones presidenciales. Pero, por supuesto, Brigitte Baby Montfort se guardaría muy bien de decirle a los chinos que en todo momento había estado trabajando sola. Porque confesarles esto, habría sido tanto como verse obligada a confesarles por qué estaba trabajando sola la agente Baby en la propia América, cuando le habría bastado chascar dos deditos para atraer a sus órdenes a cien agentes de la CIA, si así lo hubiese deseado.

Desvió vivamente la mirada, cuando notó que Lao Ming se movía, el anciano chino se estaba poniendo en pie, y tras murmurar unas palabras en chino, abandonó el camarote, dejando a Brigitte acompañada por Yi King y los otros dos chinos, que permanecían tras ella, vigilándola, pese a haberla amarrado a una silla.

—Voy a concederme el placer de acompañarla —dijo Yi King—. De todos modos, ya estaba fastidiado por permanecer en la cama,

tengo la esperanza de que mi corazón está de nuevo en condiciones… Aunque no debería tener dudas al respecto, si tenemos en cuenta que ha soportado la emoción de un encuentro nada menos que con la agente Baby.

—Celebro que esté de buen humor —murmuró Brigitte.

—¿De buen humor? ¿Por qué dice eso?

—Se diría que intenta burlarse de mí. Lo cual, considerando su postura actual de ganador, es fácil.

Yi King estaba realmente sorprendido.

—No estoy burlándome de usted, en modo alguno. Simplemente la circunstancia de ser el hombre que, por fin, va a terminar con la agente Baby de la CIA, es una emoción considerable, que usted debería comprender.

—Es decir, que piensan matarme.

—Claro que no —casi rió Yi King—. Primero tiene usted que prestar sus servicios de locutora en nuestra emisión de «La basura llamada USA». Luego, esperamos arreglar las cosas para poder llevarla a Pekin. No sé si usted se da cuenta de que allá sería recibida y observada como… como una especie de ejemplar único, o poco menos. Vamos, señorita, Montfort, usted sabe mejor que nadie los disgustos que hace años viene proporcionando al Lien Lo Pou.

—En efecto, lo sé mejor que nadie —sonrió Brigitte.

—¿Lo ve? Así pues, es una… pieza digna del máximo interés, de profundos estudios, tanto físicos como psíquicos. Admita que no es corriente encontrar una mujer como usted… ¿Cuántos años lleva metida en el espionaje?

—En total, casi veinte.

Yi King quedó atónito, muy abiertos los ojos, olvidada por completo la clásica impavidez china. Por fin pudo exclamar:

—¡Y ha sobrevivido todo este tiempo…! ¡Sin duda que es usted un ejemplar digno de estudio! ¿Matarla? ¡Eso sería una vulgaridad y una estupidez!

—Muy amable.

En aquel momento, el yate comenzó a trepidar, y Oyeron el rumor de los motores. Yi King abandonó la litera, y fue al armario, de donde sacó ropa, que se fue poniendo, sin prisa. Lao Ming regresó, y de nuevo estuvieron hablando los dos en chino, mientras

Yi King terminaba de vestirse, mostrando cierta torpeza en el brazo derecho, por lo que su compañero le ayudó. A todo esto, Brigitte sabía que el yate estaba ya navegando.

Lo que no sabía era hacia dónde, ni cuándo llegaría.

Capítulo VII

Para su sorpresa, el viaje no duró más allá de veinticinco o treinta minutos. Y ni siquiera se habían alejado de Manhattan, porque continuaba viendo por la portilla del camarote toda la inmensa iluminación neoyorquina.

Tras ella, los dos chinos de las metralletas continuaban de pie, inmóviles, silenciosos, como si ni siquiera existieran. Lao Ming se había sentado de nuevo en el taburete, y parecía sumido en profundas reflexiones, posiblemente relacionadas con la muerte de su nieto Yeng Li. Yi King, sentado en el borde de la litera, fumaba, en silencio. Fue el primero en reaccionar cuando los motores del yate se detuvieron. Alzó la cabeza y murmuró:

—Debemos estar ya junto al Noburu Maru.

Lao Ming asintió, se puso en pie, y abandonó el camarote. El yate tardó muy poco en quedar quieto, a excepción del leve balanceo que le proporcionaba la corriente del Hudson. Sí… Brigitte había comprendido ya que habían rodeado la punta sur de Manhattan, simplemente, y que se hallaban ahora al otro lado, en el Hudson River, en los grandes muelles.

Lao Ming reapareció.

—Soltadla. Pero me permito recomendarle que sea usted sensata, señorita Montfort. Sólo se trata de subir a un carguero, utilizando una escala de cuerda… Cualquier otra cosa que haga, será interpretada como intento de fuga, y entonces, mis hombres la acribillarán.

Brigitte no contestó. Sus manos fueron liberadas, y pudo ponerse en pie junto a la silla. Salió en pos de Lao Ming, seguida por los dos silenciosos chinos de las metralletas y por Yi King. ¿Noburu Maru? El nombre, ciertamente, era japonés… Pero, ¿por qué sorprenderse? Si la CIA disponía en todo el mundo de toda clase de personal y material, también podía hacerlo el Lien Lo Pou, incluso de un barco

japonés.

Era un carguero no demasiado grande, efectivamente surto en uno de los grandes «docks». El yate se había detenido junto al enorme casco en la parte del centro del Hudson, por el cual navegaban embarcaciones diversas. Pero Brigitte no tenía la menor esperanza de que nadie se fijase en una mujer y algunos hombres subiendo a un carguero japonés. Y aunque sí se fijasen, ¿acaso tal hecho tenía alguna importancia especial? Para un observador cualquiera, por supuesto, no, no tendría importancia especial alguna.

El primero en subir, lentamente, con las debidas precauciones, fue Lao Ming. Luego lo hizo Brigitte, y tras ella, Yi King. Arriba, con Lao Ming, la estaban esperando ya algunos japoneses armados, por supuesto asalariados del Lien Lo Pou, uno de los cuales conversaba con Lao Ming. Los demás la amenazaban con sus armas, y cuando estuvieron a bordo los dos chinos, entre todos se llevaron a Brigitte hacia el interior del carguero. Poco después, era encerrada en un pequeño camarote, cuya puerta fue cerrada con llave por fuera.

Media hora más tarde, Lao Ming pasó personalmente a buscarla, por supuesto acompañado de dos hombres armados.

—Perdone que la haya hecho esperar, pero nuestros actores estaban descansando, y hemos tenido que prepararlo todo. Habíamos pensado filmar ya mañana el programa definitivo, pero la intervención de usted ha aportado nuevas ideas al guión de «La basura llamada USA», y nos gustaría escuchar sus opiniones. Mientras usted verá la representación inicial, tenemos a tres guionistas y seis secretarias dando los últimos toques al guión definitivo. Estará terminado muy pronto.

Brigitte no contestó.

Salieron de aquel camarote, recorrieron pasillos, en los que se cruzaron con algunos marinos japoneses, que ni siquiera parecieron verlos, y finalmente llegaron a uno de los compartimentos de carga. La espía quedó verdaderamente estupefacta, admirada, el compartimento había sido convertido en un estudio de televisión, al que, cuando menos a simple vista, no parecía faltarle ningún detalle. Un estudio de TV de neto ambiente americano, naturalmente.

Pero esto, en sí, no tenía gran cosa de sorprendente, ni de

interesante.

Lo interesante eran los actores, que esperaban de pie, en fila, inmóviles. Junto a ellos, Yi King, que al parecer había dado algunas instrucciones. Acudió al encuentro de Brigitte, sonriente, consciente de la auténtica sorpresa de la divina espía.

—Espero que esté usted viendo caras conocidas aquí, señorita Montfort.

Brigitte no contestó. Se pasó la lengua por los labios, mientras seguía mirando a los actores. Debían ser chinos, sin duda, pero vestían netamente a la americana. ¿Caras conocidas? Bien, allá estaba la de Gerald Ford, la de Reagan, la de James Carter, la de Richard Nixon, la de Barry Goldwater, la de Nelson Rockefeller, la de Edward Kennedy, la de Jacqueline Bouvier, viuda primero de John Kennedy y luego de Aristóteles Onassis…

—Sí —musitó—. Veo algunas caras conocidas.

—No dudo de que usted ha tratado personalmente, en más de una ocasión, con todas esas personas. Pero claro, no son reales, ya que son actores chinos, que utilizan máscaras, cuya fabricación no ha sido fácil. Teniendo en cuenta la premura de tiempo y algunas dificultades de última hora, yo diría que se ha hecho un buen trabajo, ¿no está de acuerdo?

—Sí. Pero supongo que no pretenderá engañar al pueblo americano con esas máscaras.

—¡De ninguna manera! Eso sería insultar al pueblo americano y no soy yo quien está tramando eso… Por cierto, ¿se ha fijado usted en el pueblo americano?

Brigitte asintió. Estaba mirando en aquel momento a los actores chinos que representaban a una familia americana compuesta por padre, madre, un hijo de unos veinte años, una hija de dieciséis o diecisiete y un niño de ocho o nueve. Su indumentaria era un mono de trabajo, una camisa a cuadros y unas sólidas botas, en las que se habían pintado las barras y estrellas de la bandera de los Estados Unidos de América. Por si había alguna duda sobre la identidad de la familia americana, cada uno de sus miembros llevaba colgando del cuello y ante el pecho, un cartel de considerable tamaño, en el que ponía: *american people*. Y debajo de esto, la función de cada miembro de la familia: padre, madre, hijo, hija, hijo.

En vista del silencio de Brigitte, Yi King la miró, sorprendido, y

sonrió al captar su gesto hosco, disgustado. Amplió su sonrisa, y señaló hacia el fondo del estudio.

—Vamos a sentarnos. La función va a comenzar dentro de poco. Me atrevo a rogarle que no tenga reparos en exponer sus puntos de vista que contribuyan a mejorar el programa, a darle una mayor verosimilitud, un mayor realismo. No aspiramos a engañar a nadie, pero deseamos que el pueblo americano se sienta lo más identificado posible con todos los detalles. ¿Podemos contar con ello?

Tampoco ahora contestó Brigitte. Evidentemente, estaba presintiendo el escarnio que se iba a hacer en breve del pueblo americano, y eso no le producía la menor alegría, pese a todo. Muy bien, ella sabía que los norteamericanos tenían, como todo pueblo, su lado antipático, desagradable, y hasta malo, y era la primera en admitirlo. Pero, cuando alguien atacaba al pueblo americano, ella se ponía al lado del pueblo americano.

—Por favor, siéntese.

Había una sola hilera de butacas en aquella parte del estudio. Lao Ming ya estaba sentado. Después de él, habían algunos chinos más, dos de ellos con un cuaderno y un bolígrafo preparados. Brigitte se sentó, dedicando su atención a la colocación de los decorados. Por supuesto: el clásico e inevitable *living* de una casa americana. En este *living* comenzaron a colocarse los miembros de la familia americana, cada uno a su aire y haciendo una cosa diferente, pero todos ellos orientados como al descuido hacia un gran televisor de pantalla exageradamente grande, quizá de unas cuarenta pulgadas.

También los presidentes, ex presidentes, vicepresidentes y la viuda de los señores Kennedy y Onassis se estaban acomodando, ellos, en un despacho grande, amplio, confortable, que fue separado del *living* de la familia americana por un grueso tabique ligerísimo, que colocaron entre sólo dos hombres, perpendicular a la fila de asientos donde estaba Brigitte, de modo que ésta veía el tabique de canto y perfectamente a los dos grupos de actores.

Del techo, por encima del despacho amplio y elegante donde estaban los presidentes, comenzaron a colgar gruesas cuerdas de color rojo, de algodón de muy escaso peso. Los presidentes fueron conectados por unas presillas especiales que llevaban en sus

vestidos, a esas cuerdas, de modo que muy pronto parecieron títeres manejados desde el techo. Brigitte miró a Yi King, que sonrió de nuevo.

—Están muy propios, muy exactos, ¿no le parece? A un lado, el pueblo americano, al otro, sus capataces. Los amos, naturalmente, no se ven, están arriba, ocultos en el techo, manejando los hilos que mueven a los capataces. Todo el guión está concebido de modo que el pueblo americano comprenderá esto muy pronto. Y al decir el pueblo americano me refiero ahora al verdadero, a los doscientos y pico de millones de personas que pueblan los Estados Unidos.

—No sé qué clase de pantomima van a representar ustedes, pero no espere mi aprobación.

—Su aprobación no nos interesa —replicó un tanto duramente Yi King—, sólo su colaboración. Y ni siquiera ésta es imprescindible, por supuesto. Podemos poner perfectamente en antena el programa, sin que usted intervenga para nada. Pero me gustaría… Lo considero una buena idea personal. Bien, veamos este último ensayo de la parte en la que usted no aparecerá, pero intervendrá como locutora.

Las cámaras comenzaron a rodar, tras un instante de silencio total durante el cual se apagaron todas las luces del estudio menos las destinadas a la filmación, esto es, al doble escenario.

Y la función comenzó.

Del siguiente modo:

Los presidentes empezaron a discutir acaloradamente, dando golpes en la larga mesa ovalada y haciendo gestos furiosos. Jacqueline Bouvier pretendía hacerse oír, pero los hombres no le hacían caso, o bien, la increpaban rabiosamente, amedrentándola. El desorden era terrible, el griterío espantoso. Los personajes comenzaron a insultarse brutalmente, lanzándose unos a otros cosas horrendas, especialmente a la viuda de Onassis y a Nixon. Aquella reunión era una completa anarquía, un caos, una locura total.

Hasta que, de pronto, las cuerdas rojas de algodón, aquellas gruesas cuerdas que tan bien se verían en una pantalla de televisión normal, se tensaron, y todos los personajes quedaron como paralizados un instante. Luego, en súbito orden y armonía, se sentaron. Acto seguido, del techo brotó una voz:

VOZ: —¿Pueden explicarnos ustedes qué significa toda esa algarabía, caballeros y damas presentes?

ROCKEFELLER: —estábamos discutiendo, defendiendo cada cual nuestro derecho a ocupar la presidencia, la próxima vez.

VOZ: —Supongo que está usted bromeando, señor Rockefeller. Aquí nadie más que nosotros, los de Arriba, tenemos derechos. Ustedes tienen solamente obligaciones, como el estúpido pueblo que les escucha. Ustedes no tienen que defender nada, ni discutir nada, nosotros les damos a ustedes todo resuelto siempre.

ROCKEFELLER: —Pero yo no he sido nunca presidente…

VOZ: —Lo será si nosotros consideramos que le ha llegado su turno. No olvide, en ningún momento, que la elección del presidente de Estados Unidos está siempre determinada en función a las tendencias actuales del pueblo, que nosotros fomentamos y explotamos adecuadamente. Podríamos, sin duda alguna, mentalizar como nos viniese en gana a doscientos millones de estúpidos, y hasta a mil millones, pero preferimos seguir siempre la corriente suave que nos parece imperante en cada período. Por ejemplo, en estos momentos, nuestro gigantesco rebaño de doscientos millones de animales productores están a favor de la religión. ¿Se han percatado ustedes de esto?

JAMES CARTER: —¡Nadie puede dudar de mi religiosidad! En estos momentos, por lo tanto, mi elección sería…

VOZ: —¡Silencio, esbirro!

JAMES CARTER: —Pero en mi opinión…

VOZ: —Si vuelve usted a hablar, señor Carter, será asesinado según la fórmula de «Accidente 7-9». ¿Le gustaría eso?

JAMES CARTER: —No… No señor. Lo siento, señor.

VOZ: —Como les estaba diciendo, en estos momentos, el cretino pueblo americano, harto de la situación de violencia y brutalidad que nosotros mismos fuimos programando en sus mentes más sensible, parece que tiene un… deseo de reposo,

de descanso, de vuelta a las viejas costumbres religiosas. Sí, la tendencia actual del pueblo americano es poner de moda nuevamente la religión…, aunque ni ellos mismos se han dado cuenta, todavía. Nosotros haremos que se den cuenta de esa tendencia natural, y la explotaremos debidamente…

EDWARD KENNEDY: —Pero ese misticismo puede ser peligroso para sostener las guerras que tenemos pensadas, señor. ¿No sería mejor fomentar aún más la agresividad de los doscientos millones de corderos, como se ha venido haciendo hasta ahora?

VOZ: —Señor Kennedy, le sugiero que se ande usted con pies de plomo. Mejor dicho: con lengua de plomo… Los antecedentes presidenciales de su familia hace que le tengamos a usted bajo nuestro especial punto de mira. ¿Entiende usted lo que queremos decir con «punto de mira»?

EDWARD KENNEDY: —Sí… Lo siento, perdón.

VOZ: —Tienen que entender todos ustedes que, al igual que el absurdo pueblo americano, compuesto por tontos de la más grandiosa buena fe, están al servicio de los grandes intereses nuestros, no al servicio de ustedes mismos, y mucho menos al servicio del pueblo americano. El pueblo americano, señores, somos nosotros, los de Arriba, y por lo tanto, seguiremos utilizando los sicarios, que son ustedes, para controlar a los borregos, que son la gran masa. Como les estaba diciendo antes de que el señor Kennedy tuviese la desafortunada idea de interrumpirme, nosotros, los de Arriba, consideramos que el momento es óptimo para que el señor Nixon vuelva a ser presidente de los Estados Unidos de América…

GOLDWATER: —¿El señor Nixon? ¡Pero eso es absurdo, es imposible, después de todo el asunto de la evasión de impuestos, del asunto Watergate, de la recepción de cantidades en efectivo que…!

VOZ: —Señor Goldwater: ¿sabe por qué no hemos permitido nunca que usted accediese a la presidencia?

GOLDWATER: —No… ¿Porqué?

VOZ: —Porque, con ésta, ya son tres las veces que usted ha intentado discutir nuestras decisiones. La primera vez fue en mil novecientos cincuenta y ocho, y entonces perdió su primera gran oportunidad de aparecer a la luz pública con gran brillo personal… Naturalmente, brillo que habría dependido en todo momento de nosotros. La segunda vez, cuando, tras permitirle que presentase su candidatura en su partido, comenzó a hablar demasiado. Y ahora, lo mismo, vuelve a hablar demasiado. Nosotros, señor Goldwater, no hacemos nada absurdo. NADA, entiéndalo bien. ¿Usted cree que el pueblo americano no va a elegir de nuevo al señor Nixon?

GOLDWATER: —Creo sinceramente que no. Pero aunque así fuese, no entiendo qué tiene que ver esto con la tendencia actual religiosa de esos idiotas. Aparte de que estoy en completo acuerdo con Ted en qué, fomentando ese estado religioso, sólo conseguiremos que buena parte de la carne de cañón nacional se niegue a colaborar en nuestros intereses bélicos. Eso pienso, al menos. ¿Estoy equivocado?

VOZ: —Por completo, señor Goldwater. Le vamos a explicar nuestro punto de vista, que, naturalmente, es el acertado, y que, por tanto, zanjará la cuestión: nosotros, los de Arriba, vamos a presentar nuevamente al señor Nixon para la presidencia de los Estados Unidos. Aparecerá como la imagen del arrepentimiento, provocará éxtasis de bondad en las masas, les hará reflexionar con discursos que ya le tenemos preparados, provocará sus lágrimas, se ganará de nuevo sus simpatías… En suma, el señor Nixon va a ser, de nuevo, presidente de este país. ¿Asunto bélico? Por el momento, no interesa. Por el momento interesa provocar en el pueblo ese arrebato religioso, de bondad, que le impulsará a perdonar al señor Nixon, el cual, claro está, orientará entonces el país hacia nuestras nuevas conveniencias, que son la producción de bienes de consumo, no de artefactos bélicos. De éstos, tenemos ya suficientes, y, además, seguirán produciéndose los suficientes para que nadie se llame a engaño. Pero, en estos momentos, la sociedad de consumo tiene grandes deseos de goces personales honestos, no de guerras ni violencias. Así

pues, les ofreceremos prosperidad, goces personales tranquilos, orden en el país… Y de este modo, nuestros queridos productores se dedicarán más que nunca a sus honrados trabajos, produciendo bienes de consumo en tan gran cantidad, que vamos a copar todos los mercados internacionales de grandes consumidores…, lo cual es, precisamente, nuestro objetivo y deseos para el próximo cuatrienio. Así pues, vamos a laborar todos para que, en noviembre, el señor Nixon sea elegido de nuevo presidente de los Estados Unidos de América. ¿Cómo lo haremos? Pues, caballeros, como siempre: tratando como seres inferiores al pueblo americano, modelando su opinión, programando sus pensamientos y reacciones, poco a poco, utilizando los viejos sistemas de siempre: Prensa, Radio, Televisión, conferencias, acontecimientos preparados, libros, consignas en las universidades y centros de trabajo… Por favor, señores: ¿tengo que repetirlo todo de nuevo? Nosotros creamos y destruimos imágenes, según nos convenga. El pueblo cree que él piensa y decide, pero nosotros sabemos que no es así, sabemos que reacciona según nosotros queremos y de acuerdo a las imágenes que le presentamos. Esta vez va a ser la imagen, transformadisima, del señor Nixon. Vamos a manipular, una vez más, esas ridículas mentes de doscientos millones de personas. Damas y caballeros: ¡un hurra por Nixon! Nixon *for president*.

La luz que daba de lleno en esta parte del escenario se apagó, de modo que Brigitte dejó de ver a los presidentes y demás personajes. La atención se centró entonces en la familia americana, que ocupaba la parte del escenario al otro lado del tabique.

El padre se puso en pie, fue hacia el televisor y lo encendió.

—Deberíamos comprar un televisor nuevo, querido —dijo la esposa—. Éste ya tiene más de dos años.

—Y yo necesito un coche nuevo, papá —dijo el hijo mayor.

—Y yo, vestidos —dijo la muchacha.

—¿Y tú no quieres nada? —Miró sonriente el padre al hijo menor —. Está bien, habrá para todos. Se está efectuando ahora un reajuste en los sistemas de producción de mi empresa, y parece ser que todos

vamos a tener que trabajar más, pero no importa, porque además de que podré compraros lo que deseáis, Dios hizo al hombre para trabajar.

—Ojalá Él quiera que el señor Nixon salga elegido —suspiró la esposa—. A pesar de todo, en estos tiempos, es el mejor hombre… Un hombre que se arrepiente públicamente de todos los pecados que el señor Nixon confesó, es digno de confianza. Y de perdón. Incluso el Señor perdonó a sus verdugos.

—Ese Nixon es una buena persona, en efecto —reflexionó el padre —. Y más sinceramente religioso que Carter. Sí, tienes razón, en estos tiempos necesitamos un hombre como él, que dé al país un tono de bondad y sensatez… ¡Ahí aparece!

Entre la muchedumbre, en la pantalla del televisor, se distinguió el rostro de Nixon, primero pequeño, pero luego más y más cercano. Alrededor de él, todo eran banderas, música, alegría, serpentinas y confetis. La voz emocionada de un locutor anunció el último resultado de las votaciones, en las elecciones presidenciales:

—¡Por la nunca alcanzada cifra de setenta y cinco millones de votos de diferencia, presidente electo de los Estados Unidos de América en este año de gracia de mil novecientos setenta y seis… Richard Milhous Nixooooonnnnn…!

—¡Dios sea loado! —exclamó el padre de familia americana.

—¡Oremos en acción de gracias! —dijo la esposa.

La luz se apagó.

Yi King comenzó a aplaudir, imitado inmediatamente por Lao Ming, y secundados ambos rápidamente por el personal del Lien Lo Pou que había asistido a la representación.

Pero Brigitte Montfort no aplaudió, ciertamente. Yi King se dio cuenta de ello, la miró, y sonrió al notar su rigidez, la lividez de su rostro.

—¿Usted no aplaude? ¿No le ha gustado, Señorita Montfort?

—Ustedes no tienen derecho a utilizar así a personas como las que han parodiado con esas máscaras —dijo fríamente la espía—. Ni tienen derecho a escarnecer de este modo a la familia americana.

—Todo lo que queremos es que la familia americana se dé cuenta de lo que están haciendo con ella.

—Eso es mentira.

—Señorita Montfort, Ronald Carslile, agente de la CIA, con el que…

—¡Si eso fue lo que le dijo aquel hombre, todo es falso! Le digo que aquel hombre no se llamaba Carslile, sino Yehudi Chevenkof, y que era un agente de la MVD soviética, la cual ha tramado toda esta patraña para provocar el caos en Estados Unidos, en vísperas de elecciones presidenciales. ¡Es una maniobra subversiva del espionaje ruso! ¿No lo entienden? Un agente de ellos se fingió americano, se puso en contacto con usted…

—Señorita Montfort —le interrumpió suavemente Yi King—, fui yo quien buscó contacto con Ronald Carslile. Le aseguro que no se trata de una maniobra rusa…

—¡Es una maniobra rusa para que ustedes hagan el trabajo de desprestigiar los sistemas electorales norteamericanos! Con esta… pantomima insultante, los rusos pretenden decirles a los americanos que la democracia no existe en Estados Unidos, que los… los de Arriba están manipulando a todo el pueblo, al mismo tiempo que lo desprecia.

—Eso es exactamente lo que ocurre, según la información que me facilitó Ronald Carslile: en estos momentos, todos los sistemas de poder norteamericanos están laborando en la sombra, bien conjuntados, para que, sin la menor posibilidad de error, el señor Carter sea elegido en noviembre presidente de Estados Unidos. Todo lo demás sí que es una pura pantomima. Todo lo demás sí que es un escarnio para el pueblo americano, que cree votar lo que desea, y todo lo que hace es aceptar los lavados de cerebro que le hacen, dejarse guiar, dejarse moldear la mente y el espíritu… ¡Eso es lo que queremos decirles los chinos a los americanos con la película que acabamos de filmar! Y no estamos inventando nada, estamos trabajando sobre la información que nos facilitó un agente de la CIA, introducido en los tinglados electorales. ¿Y sabe a cambio de qué me facilitó Carslile esa información? ¿Sabe qué quería a cambio? Pues, sencillamente, dinero. ¿No es todo repugnante?

—No era americano. Era un ruso llamado Chevenkof, era…

—¿A quién pretende usted convencer? ¿A mí… o a usted misma? No quiere admitir que toda esta porquería exista en América, ¿verdad? Muy bien, allá usted.

—Era un ruso… Es una jugada rusa…

—Escuche, yo busqué a Carslile, teníamos ciertos antecedentes de él, que lo definían como accesible a sobornos de alta categoría. Nos interesaba conocer interioridades de la actual situación electoral norteamericana. ¿Y con qué cree que me salió Ronald Carslile? Pues, con todo lo que le he dicho ya, los de Arriba están escarneciendo a unas personas, nada menos que doscientos y pico de millones, dejándoles creer que ellos deciden democráticamente el destino del país en todos sus aspectos… ¡Por la bondad de Buda, se me ponen de punta los pelos cuando pienso en una «democracia» semejante!

—Se llamaba Chevenkof… Yehudi Chevenkof.

—¿Todavía no quiere admitir que la CIA la engañó a usted, que se inventaron todo eso de los rusos? ¿Cree que han sido los rusos quienes han matado a Tsao Piao, a Yeng Li, a los demás miembros del Lien Lo Pou que han intervenido en esto? ¡Han sido americanos, que deben estar representando un auténtica pantomima, quizá en beneficio de usted, o quizá, simplemente, para que nosotros nos llamemos a engaño y decidamos no utilizar el material que nos facilitó Carslile, por temor a cometer un tremendo error! Fueron americanos, agentes de la CIA, quienes nos atacaron a Carslile y a mí en la casa de la Avenida B; debían vigilar a Carslile, por fin, y descubrieron su traición. También fueron americanos los que mataron a Piao, a Yeng Li y a los demás. ¿Quiere convencerse? Mejor dicho, se convencería si pudiese usted ir a Vero Beach, una pequeña localidad al sur del estado de Florida, y preguntar allí por la señora Carslile, ella le enseñaría fotografías de su hijo, de Ronald Carslile. Y vería usted todas las documentaciones que quisiera, y podría luego husmear por su cuenta en los archivos de la CIA, y vería que Ronald Carslile era americano y mil veces americano y mil veces agente de la CIA. ¿Lo entiende usted? ¿Lo entiende?

—No voy a trabajar en ese guión de ustedes, no voy a poner mi voz en semejante mensaje al pueblo americano, no voy a colaborar en nada con ustedes… ¡En nada!

—Eso ya lo veremos.

—Pues lo veremos —alzó la barbilla la palidísima Brigitte.

Yi King frunció el ceño, y miró a Lao Ming, que estaba al otro lado de Brigitte. El anciano se limitó a sonreír gélidamente, y King asintió. Hizo una seña a los siempre vigilantes guardianes de

Brigitte, que no perdían de vista sus manos ahora libres, y dijo:

—De momento, la llevarán de nuevo a su cam…

En ese momento, se apagaron todas las luces del Noburu Maru.

Capítulo VIII

Baby no vaciló ni una fracción de segundo. Aún estaba Yi King pronunciando la palabra camarote cuando ya ella había saltado hacia un lado, en dirección a la salida de aquel gran compartimento para carga que estaba siendo utilizado como estudio de filmación. A su alrededor oyó los murmullos de los chinos y los japoneses, y la voz de Yi King llegó nítidamente hasta ella:

—¿Qué hace? ¡Señorita Montfort, no cometa tonterías…!

Brigitte Montfort ni siquiera se detuvo. La tontería habría sido no aprovechar la oportunidad para intentar escapar de aquél carguero japonés, que era un nido de agentes del Lien Lo Pou. ¿Cuál iba a ser su inevitable destino, si se quedaba? La muerte, segura. Pero, aún podía ser peor, si la llevaban a Pekin, lo cual era el sueño de todos los agentes chinos desde hacía años.

Completamente a oscuras, y lanzada a toda velocidad hacia la salida del compartimento, no tuvo nada de extraño que calculase un poco mal la ubicación de dicha salida, y diese de frente, con fuerza, contra un tabique, rebotando y rodando por el suelo, en doloroso regreso…, hasta chocar con unas piernas. Por encima de ella oyó una exclamación, un cuerpo cayó sobre ella, una mano aplastó su pecho derecho. Inmediatamente, comenzó a oír la voz de uno de los chinos, gritando, por supuesto avisando de que estaba allí, de que la había capturado.

El impacto del puño derecho de Brigitte fue realmente escalofriante. No pudo verlo, pero notó el fortísimo impacto, el vibrar de su hombro, de todo el cuerpo. El chino dejó de estar encima suyo, por supuesto. Seguían oyéndose gritos, carreras. En alguna parte, apareció una luz. Una llamita pequeña, de encendedor. Fue un instante el que apareció Brigitte para ver en el suelo, cerca de ella y del chino tendido cara arriba y con la nariz como hundida en la cara llena de sangre, la pistola del oriental.

La agarró, comenzó a incorporarse, y al mismo tiempo que oía la voz de Yi King en clara advertencia, otro chino caía sobre su espalda. Todo lo que hizo fue inclinarse hacia delante y un poco a la derecha, alzando la mano izquierda para pasarla por la nuca del chino y tirar de él… No fue un movimiento muy correcto de judo, pero judo al fin, una muy aceptable modificación de *ippon seoi nage*. Oyó por delante de ella el golpe del cuerpo del chino contra el tabique, y con eso supo por dónde no tenía que ir.

La llama del encendedor había vuelto a brillar. Brigitte se volvió hacia allí, disparó…, y al mismo tiempo que el chino que sostenía el encendedor daba un grito, saltaba, y la llama del encendedor se apagaba, Baby veía al resplandor del disparo el alud de orientales que trotaba hacia ella, encabezados… ¡por Richard Milhous Nixon!

Ni siquiera perdió el tiempo disparando. ¿Qué iba a ganar matando a un chino más o menos?

Dio la vuelta, y corrió hacia donde creía que estaba la salida. De nuevo chocó con la pared, pero esta vez con mucha menos violencia…, y tan cerca de la salida que sólo tuvo que extender la mano para encontrar el hueco. Pero, de nuevo alguien cayó sobre su espalda, y un brazo fortísimo rodeó su garganta. Brigitte alzó la mano armada, la llevó hacia atrás, y apretó el gatillo.

Oyó el grito de dolor, la presión en su cuello se aflojó, y al instante siguiente, cuando se disponía a salir al pasillo, el hombre que había estado a su espalda caía tras ella…, y otro ocupaba su lugar. La consigna de Yi King estaba bien clara: la quería viva. Sin duda, estaba convencido de que ella no podría escapar del Noburu Maru, así que no tenía por qué tomar decisiones drásticas al respecto. La querían viva, tenían demasiados proyectos sobre ella.

Pero también Baby tenía proyectos para sí misma. Y el más importante y urgente de ellos era precisamente escapar de aquel carguero. Así que de nuevo disparó por encima de su cabeza, y otra vez oyó el grito de dolor, y el cuerpo del hombre que tenía a la espalda se desprendió y cayó tras ella.

Salió por fin del estudio de TV donde se había utilizado la personalidad de Richard Nixon para poner un ejemplo de lo fácilmente que se podía manejar al pueblo americano, tan fácilmente que incluso conseguían (siempre en la versión filmada para la televisión) que el pueblo americano votase a Nixon, después

de lo de Watergate y demás. Y si conseguían esto…, ¿no estaba bien claro que si los de Arriba decidían que James Carter fuese elegido, así sucedería? Eso es lo que Yi King le había dicho que Ronald Carslile le había informado.

La mente de Brigitte era un caos de pensamientos, pero siempre sin dejar de correr, con todos los sentidos alerta. Era como si su mente fuese una pantalla donde se proyectasen escenas, pensamientos, palabras…, e imágenes de peligro.

Como, por ejemplo, la luz que apareció de pronto en aquel pasillo por el que estaba corriendo. En el acto comprendió que se trataba de una linterna, una linterna potente, cuyo largo e intenso haz de luz la atrapó de lleno.

Alzó la pistola y disparó hacia allí.

La luz se apagó, mientras se oía un grito de sobresaltó.

—¿Qué hace, maldita sea? —Oyó las palabras en inglés, pero con un ligero acento ruso, que ella no podía dejar de notar—. ¡No me diga que está usted de parte de los chinos!

Brigitte se colocó bien pegada de espaldas a la pared, con la pistola apuntada hacia el extremo del pasillo donde estaba el hombre al que todavía no había visto.

—¿Quién hay ahí? —preguntó, con voz tensa, también en inglés, pero añadiendo en el acto, en ruso—: ¿Eres tú, camarada Gennedi?

Oyó la exclamación del hombre, y de nuevo su voz, ahora en ruso perfecto:

—¡Ven para aquí, camarada! ¿Quién eres?

Brigitte no vaciló en absoluto. Se dirigió hacia el fondo del pasillo, hasta que su cuerpo chocó con el del hombre. De todos lados llegaban gritos de advertencia, de dolor, chasquidos de disparos amortiguados por silenciadores, carreras de pies.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Brigitte al tocar al hombre.

—¿Qué importa eso? —rió él, nerviosamente—. ¡No sabíamos que los chinos tenían a uno de los nuestros prisioneros! ¿Qué estás haciendo aquí, cómo te cazaron?

—Es largo de contar. ¡Salgamos de aquí!

—Por el momento, no es posible, tenemos que esperar unos minutos. Ven, aquí mismo hay un camarote, en el que podremos escondernos de modo que estarás a salvo.

Una mano tocó su cuerpo, y luego su brazo. Brigitte fue

introducida en un camarote, el sonido de cuya puerta oyó al ser cerrada. La luz de la linterna brotó de nuevo, pero apuntada hacia un tabique, de modo que no le molestaba, y sí, en cambio, le permitía ver al hombre.

Un hombre-rana, cubierto con traje de goma negro, cinturón con dos cuchillos, algunos arpones, fusil acuático de aire comprimido…, y una bolsa de plástico de cierre hermético, dentro de la cual debía llevar una pistola, sin duda alguna. Fue de esta bolsa de donde el hombre-rana sacó una pequeña radio, que accionó.

—¿Qué pasa? —Sonó una voz, en ruso, áspera—. ¿Quién tiene la buena idea de llamar en estos momentos?

—Soy Basili. Los chinos tenían a una de nuestras camaradas, pero no sé quién es, no la conozco. Estamos encerrados en uno de los camarotes. ¿De cuánto tiempo disponemos para abandonar el barco?

—¿Cuánto tiempo…? Buena pregunta, veintisiete segundos… Es decir, ya, veintiséis. Ahora, veinticinco…

Basili lanzó una exclamación, cerró la radio, y señaló hacia la puerta.

—¡Salgamos de aquí! Tenemos que abandonar el Noburu Maru ahora mismo…

—¿Por qué? —preguntó serenamente Brigitte.

—¡Porque va a ser volado en mil pedazos, dentro de veintitantos segundos! ¡Corre, camarada, te voy a sacar de aquí!

Brigitte asintió; Estaba extrañamente apática, no parecía tener la lógica prisa de quien sabe que le quedan pocos segundos para escapar de un volcán que va a entrar en erupción de un momento a otro. Pero cuando salió al pasillo, sí decidió correr. Siempre ayudada por el hombre-rana ruso, llegó a cubierta, donde las luces de algunas linternas cayeron sobre ellos.

—¡Soy Basili! —gritó éste—. ¡No disparéis!

Las luces de las linternas se apagaron, y Brigitte pudo ver a más hombres en la cubierta del yate, todos ellos con el traje de goma negro, todos bien armados: Había sido un comando perfecto, que había tomado, en cuestión de segundos, el Noburu Maru, evidentemente.

—Vamos al yate —dijo Basili—. ¡Escaparemos en él!

—No es posible —dijo otro ruso.

—¿Acaso no está en nuestras manos también…?

—Sí, pero no hay tiempo, hay que saltar al agua, y alejarse a toda prisa. ¡Y todo eso, antes de quince segundos! ¿Qué están esperando para salir los que han trabajado en el interior del barco?

—Quizá han estado manteniendo limpio el camino para Basili y para mí —dijo suavemente Brigitte.

—¿Qué…?

—Que se han asegurado de que nosotros dos escapábamos. No creo que tarden en salir ni cinco segundos.

Y tuvo razón. Antes de cinco segundos, comenzaron a oír gritos en cubierta, y aparecieron más hombres-rana, disparando con pistolas silenciosas hacia detrás de ellos. Cuando aparecieron algunos chinos a todo correr tras el grupo de hombres-rana, los compañeros de éstos, que esperaban en cubierta, comenzaron a disparar. Era como una sorprendente película de acción, que Brigitte veía de un modo extraño, como alucinada. Llegaban las luces de Nueva York, todo se veía, pues, con gran claridad. A poca distancia, de allí, habían teatros, cines, apartamentos con familias normales, gente que estaba durmiendo, gente que estaba amando, gente que reía, gente que trabajaba.

—¡Salta! —le gritaba Basili—. ¡O baja a toda prisa por la escala de cuerda! ¡Pronto!

Sin vacilar, Brigitte se lanzó al agua del Hudson River, de cabeza, desde la borda del Noburu Maru, esto es, desde unos seis o siete metros de altura. Penetró profundamente en las frías aguas, rígida pero se relajó en cuanto dejó de penetrar, y regresó a la superficie. ¡Qué servicial y protector era Basili! Ya estaba allí, junto a ella, y señalaba hacia el centro de la corriente que apenas se notaba.

—¡Alejémonos!

Antes de comenzar a nadar, Brigitte pudo ver, en uno de los ramalazos de luz que llegaban desde la ciudad, los ojos de Basili. Le parecieron como de cristal, transparentes, grandes, inteligentes y fríos.

No pudieron nadar mucho, antes de que, finalmente, se produjese la explosión. Por fortuna, primero fue una explosión extraña, como contenida, y la espía comprendió que había sido dentro del barco. Se volvió a mirarlo, y entonces vio, tras ella y

Basili, todo el enjambre de hombres-rana que habían participado en aquel velocísimo y eficacísimo comando, nadando tras ellos a toda prisa.

—¡No mires! —le gritó Basili—. ¡Nada!

La segunda explosión se produjo cinco o seis segundos más tarde. Brigitte se volvió, y contempló la gran llamarada que, por un instante, rodeó el barco y pareció ser devorada por la noche. Un instante después, otra explosión, y ahora sí, el barco vibró, apareció otra llamarada en su línea de flotación, y una enorme ola se formó en el acto, desplazándose alrededor del Noburu Maru. Cuando llegó adonde estaba Brigitte, ésta fue alzada sobre la cresta de la ola, no menos de dos metros, y pudo ver a los hombres-rana que nadaban tras ella, ya superada la dificultad de la ola, que les había alcanzado antes, sin consecuencias.

Se produjo otra extraña ola, y un gran ruido como de succión, y el Noburu Maru comenzó a engullir agua por el tremendo boquete formado en su línea de flotación. El barco osciló, y de pronto quedó de lado, alzando esta vez una ola tremenda, doble que la anterior, que subió a Brigitte cuatro metros, y que luego, siguiendo hacia la otra orilla del Hudson, estuvo a punto de hacer zozobrar varias embarcaciones pequeñas, y puso en dificultades a algunas más grandes.

—¡No van a quedar vivos ni las ratas! —Oyó Brigitte la voz riente junto a ella.

Era Basili. Continuaba a su lado, no se alejaba de ella ni un instante. Brigitte vio su rostro enrojecido por las llamas que envolvían el escorado barco carguero, y más que antes destacó la claridad de las pupilas de Basili. Ni las ratas. Eso quería decir que se habían asegurado de que aquel nido de agentes del Lien Lo Pou era por completo exterminado. ¿Y el yate? El yate había sido aplastado y desplazado por el carguero al escorar éste, y ahora sus restos se iban hundiendo lentamente, y alejándose, hacia mar abierto.

—Alejémonos —dijo Basili—. Dentro de poco, esto estará lleno de lanchas guardacostas, policía, bomberos. Y no queremos quedarnos para dar explicaciones a nadie, ¿verdad, camarada? ¡Vaya una catástrofe para los chinos…!

—Les espera otra quizá mayor a los americanos —dijo Brigitte, subiendo y bajando en las sucesivas olas cada vez menores—, los

chinos tienen preparado un comando que volará el Empire State Building, o algo parecido, cuando sepan lo que ha ocurrido.

—Oh, no —sonrió fríamente, gélidamente, Basili—. Sabemos que lo que tenían en proyecto volar era el Holland Tunnel, precisamente no muy lejos de aquí. A tal fin, tenían un grupo de hombres-rana preparados permanentemente en el Noburu Maru.

—¿Cómo lo sabes?

—Los encontramos cuando ocupamos el barco. Pensamos que quizá habían muchos más por allí, así qué decidimos de pronto averiar todo el sistema de energía eléctrica, con lo que quedaríamos en franca ventaja, ya que todos nosotros llevábamos linterna. No te preocupes por los americanos, nosotros les hemos ahorrado todos los problemas que pudieran representarles esos chinos. Y ahora, alejémonos de aquí.

Brigitte comenzó a nadar. ¡Qué oportuno había sido aquel apagón de todas las luces del Noburu Maru! Si los hombres-rana hubiesen aparecido en el estudio de TV a plena luz, quizá ella, en la refriega, hubiese salido perjudicada, alcanzada por una o varias balas. En cambio, al apagarse la luz, ella había aprovechado velozmente la ocasión para ponerse a salvo. No habría salido mejor ni aunque los rusos lo hubiesen planeado meticulosamente para evitar cualquier daño a cualquier persona que estuviese prisionera del Lien Lo Pou, instalado en el Noburu Maru.

—¿Estás bien? —le preguntó Basili—. ¿Te ayudamos?

Se habían acercado nadando algunos más. Los restantes ya no los veía. Pero, ciertamente, con cinco hombres qué nadaban alrededor de ella era poco probable que a la señorita Montfort pudiese ocurrirle nada malo.

—Sólo tengo un poco de frío —contestó, por fin.

—Entonces, lo mejor es que salgamos cuanto antes del agua. Nademos hacia los docks ya. Estamos convenientemente alejados del barco para que nadie nos relacione con él.

—Y de todos modos, sería lo mismo —dijo otro ruso—: nadie nos molestará. Sólo tenemos que salir del agua y marcharnos.

—Es absurdo lo que decís —opinó Brigitte—, en cuanto nos vean aparecer en el muelle.

—No, no —la interrumpió Basili—, no vamos a subir al muelle, no nos has entendido. Lo que vamos a hacer es abordar cualquier

embarcación accesible, diremos que estábamos haciendo trabajos de reparación y que la explosión nos ha asustado. Mientras tanto, uno de nosotros llamará por la radio, y muy pronto pasará una lancha especial para recogernos.

—Entiendo —aceptó Brigitte.

Estaban ya cerca de los docks, por la zona donde los grandes barcos proyectaban sus sombras en el agua. Unas sombras densas, que Brigitte Baby Montfort aprovechó para sumergirse sin que los rusos que la acompañaban se dieran cuenta. Y para cuando fueran a darse cuenta, ciertamente, ella estaría ya completamente fuera de su alcance.

Capítulo IX

Sumergida, en la bañera, Brigitte sacó los bracitos de la sonrosada espuma de gel, y señaló hacia las toallas.

—¿Quieres alcanzarme una, Frankie?

Frank Minello, sentado junto a la bañera contemplando fascinado a la divina espía, tardó unos segundos en reaccionar. Cuando lo hizo, saliendo de su fascinación con sobresalto, complació a Brigitte, acercándole una de las toallas.

—¿Y qué más pasó? —preguntó, sentándose de nuevo en el taburete dispuesto a esperar que Brigitte, saliera de la bañera.

—Ya te la estás dando de listo —sonrió desganadamente Brigitte —. ¿Acaso pretendes que no me dé cuenta de que estás aquí, Frankie?

—Mujer… ¿Qué más da que te vea desnudita? ¿Acaso tienes algo de qué avergonzarte?

—En absoluto. Pero te agradecería que te dedicases a preparar café. Y creo que también tengo un buen coñac en este lugar. Es lo que me viene de gusto.

—En ese caso —saltó Frankie—, ¡mi Reina será complacida al instante!

Dejó la toalla sobre el taburete, y salió del cuarto de baño. Brigitte vació la bañera, y, puesta en pie en ésta, tomó una ducha casi fría, que terminó de tonificar su espléndido cuerpo de color de oro, de color de sol, de tacto de seda. Se secó, se puso un albornoz de color azul, casi idéntico al de sus ojos, y abandonó el cuarto de baño. Cuando llegó al salón, Frankie aún no estaba allí, por lo que comprendió que debía estar en la pequeña cocina, preparando el café.

Así que aprovechó para ir a echar otro vistazo a Yeng Li.

El chino estaba en uno de los dormitorios del escondrijo especialísimo que la agente Baby tenía desde hacía muchos años en

la mismísima New York City, escondrijo que sólo unos pocos privilegiados conocían. Había un garaje, un pasillo, y luego lo que podía definirse como un apartamento, mitad a nivel de la calle y mitad subterráneo. No lo utilizaba con frecuencia, pero en ocasiones era de una gran utilidad. Como aquélla, por ejemplo. Entró en el cuarto donde había sido instalado Yeng Li, y se sentó en la silla que había junto a la cama. Se quedó mirando al joven chino, muy pensativa. ¿Matarlo? Para hacer eso, no lo habría sacado de la charca. Lo único que podía hacer con Yeng Li era esperar a que estuviese completamente curado de sus heridas, y dejarlo marchar. Aunque, naturalmente, vendaría sus ojos y le daría vueltas y vueltas por Nueva York, de modo que él jamás supiese dónde había estado.

Yeng Li yacía en la cama, completamente desnudo, vendado el torso. Un médico discreto que Brigitte había utilizado también en otras ocasiones, se había encargado de sacarle las balas y conservar su vida. Ahora, sólo era necesario que las heridas cicatrizasen y que el joven chino recuperase sus energías.

De pronto, Yeng Li abrió los ojos, y Brigitte se sobresaltó. Un profundo suspiro brotó del pecho del chino. Sus ojos quedaron fijos en el techo, hieráticos. Comenzó a murmurar, por supuesto en su idioma. Brigitte le tocó la frente, que le pareció convenientemente fría y seca. Todo iba bien. Yeng Li movió lentamente su brazo derecho, y su mano asió la de Brigitte, cuyo frescor notaba en su frente. Yeng Li volvió a suspirar, y en sus facciones apareció una sonrisa. Una sonrisa infantil, que permaneció en cada uno de sus rasgos hasta que, de pronto volvió a quedar dormido, tras otro profundísimo suspiro.

Cuando Brigitte se puso en pie y se volvió para salir del cuarto, vio a Minello en el umbral, esperándola.

—Tú le has salvado la vida —susurró Minello—, y seguramente no piensas que dentro de un tiempo, este mismo espía chino puede ser el que acabe con la agente Baby.

—Todo es posible —murmuró Brigitte.

Fueron los dos al salón, donde se sentaron juntos en el sofá. Era un lugar secreto, pero confortable, en el que no solía faltar de nada. Brigitte comenzó a tomar su café caliente y aromático, estimulante. Frank Minello esperó a que lo terminase, encendiese un cigarrillo, y tomase el primer sorbito de coñac.

—Bueno —mostró su impaciencia entonces—, ¿qué más pasó?

—Te llamé por teléfono aquí, tú dejaste solo unos minutos a Yeng Li, y viniste a recogerme con uno de los coches.

—¡Eso ya lo sé! Por cierto, que estoy hasta las narices de estar encerrado aquí dentro, total para cuidar de la salud de un chino.

—¿Por qué siempre refunfuñas, si sabes que siempre vas a ayudarme en todo cuanto te pida, Frankie? —sonrió la divina.

—¡Te digo que estoy harto de verle la cara a ese chino!

—Bueno, eso sí me lo creo. Sólo un par de días más. Luego, lo dejaremos en algún lugar donde pueda ser recogido por sus amigos.

—Está bien. ¡Sólo dos días más, recuérdalo! Y ahora, ¿quieres decirme, de una vez, qué más ha pasado?

—No ha pasado nada más. ¿Lo has entendido todo bien?

—Claro que sí. En definitiva, aquella película que pensaban proyectar los chinos con el título de «La basura llamada USA», no iba a significar que los de Arriba iban a poner de nuevo a Nixon en la presidencia, sino que proyectarían la película como ejemplo de que si los de Arriba decidían poner de nuevo a Nixon, el pueblo americano somos tan tontos y manejables qué elegiríamos a Nixon, a pesar de todo lo que pasó.

—Exacto. Pero, según Ronald Carslile, no se trata de Nixon esta vez, sino de James Carter.

—¿Y todo lo demás es cierto? —musitó Minello—. ¿Todo eso de que nos controlan, nos imponen las ideas que quieren, nos... programan de acuerdo a sus deseos..., y nos ponen el presidente que quieren, como intermediario entre nosotros y los de Arriba? ¿Todo eso es cierto, Brigitte?

—No lo sé, Frankie.

—Sí lo sabes. ¡Pero no quieres decírmelo!

—¿Cómo podría estar segura? Debemos pensar que las elecciones presidenciales han sido siempre verídicas. Lo han sido, lo son y lo serán en el futuro de nuestro país.

—Pero si Ronald Carslile era americano... Bueno, eso significaría que te han estado engañando. O intentándolo, al menos. Según yo veo las cosas, y por lo que me has contado, Carslile era americano, un agente de la CIA que, por dinero, vendió esos informes a Yi King. La CIA, que desconfiaba de Carslile, lo vigilaba, y lo cazaron con las manos en la masa, esto es, en el momento de

vender informes a ese chino, que pudo escapar. Mientras ellos perseguían a Yi King, Carslile comprendió que la iba a palmar, y que…

—¡Palmar! ¡Qué palabra tan ordinaria, Frankie!

—Bueno… Digamos, que la iba a diñar. ¿Y qué se le ocurrió entonces a Ronald Carslile? Pues, ya que la propia CIA lo había matado, él iba a vengarse informando a Baby de las suciedades interiores del tinglado electoral de Estados Unidos, a fin de que la maravillosa Baby estuviese enterada y tomase las medidas oportunas. Pero, no pudo ser completamente explícito, ya que la diñó. Entonces, los hombres que le habían matado, esto es, agentes de la CIA, vieron la radio, y te oyeron a ti y comprendieron que Ronald Carslile les acababa de hacer la puñeta por todo lo alto. Así que se inventaron todo eso de los rusos. ¿Correcto?

—Si tú lo entiendes así, Frankie…

—¡Claro que lo entiendo así! ¡Y tú también! Y otra cosa: ¿Cómo y por qué los rusos se fijaron en el pobre Tom Piao? Pues porque te vigilaban a ti, y te vieron con él. Sí señor, la CIA estaba vigilando a Baby, a ver qué hacía, mientras ellos preparaban todo el embustero tinglado de decir que Carslile era un ruso llamado Yehudi Chevenkof y demás, y que el tal Carslile no existía, que todo debía ser una maniobra rusa para introducir información falsa sobre Estados Unidos en el Lien Lo Pou, a fin de que utilizara a éste como… intermediario ingenuo de los deseos rusos. Sí, te vigilaba la CIA. Te vieron con Tom Piao, y por eso se metieron con él. ¡Tú has debido comprender eso desde el primer momento!

—Quizá me supones demasiado lista, Frankie.

—¡Oh, vamos! Por eso estabas trabajando sola, por eso no querías que interviniera ningún Simón: porque sabías que los hombres que se hacían pasar por rusos eran Simones, que estaban cometiendo asesinatos por órdenes de la Central, naturalmente. Así que se cargaron al viejo Piao, y luego a los otros. Y siempre estaban cerca de ti, así que supieron que ibas al *Kaliko*, y luego al Noburu Maru. Y aunque tú te habías guardado muy bien de mencionar el nombre del yate, ellos te encontraron.

—Me encontraron los rusos, de los cuales escapé antes de que descubrieran que yo no era rusa, sino americana.

—Bueno, si lo que quieres es tomarme el pelo, no vas a

conseguirlo —refunfuñó Minello—. Tú sabías que todo esto lo estaba tramando la CIA, pero te resistías a admitirlo, querías convencerte a ti misma de que Ronald Carslile era un ruso llamado Yehudi Chevenkof. Porque si esto era cierto, entonces seria cierto que todo era una jugada de los rusos para sembrar el caos en el país en estos tiempos de elecciones presidenciales, y si no era cierto, esto es, si el hombre muerto en el apartamento 405 de la Avenida B era un americano llamado Ronald Carslile, agente de la CIA, significa que, realmente, todo lo que decía Carslile era verdad, y que el pueblo americano es ingenuo y puede ser estafado en todo momento, sometido a grandes intereses inimaginables para ellos, que tienen que trabajar todos los días de su vida sólo para ir pasando por la vida, siempre sometidos, siempre manipulados, siempre engañados. ¿No es así? ¡Y no me digas que cuando los rusos hablaban en ruso tú dejabas de darte cuenta por algún detalle de que no eran rusos auténticos, sino americanos, chicos de la CIA, que hablaban en voz alta para que tú sacases conclusiones equivocadas! ¡No me digas eso! ¡Ellos sólo querían aprovechar tu trabajo y al mismo tiempo, engañarte para que pensases que todo era cosa de los rusos!

—Frankie, te prefiero cuando pareces tonto —refunfuñó Brigitte.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que hacerme el tonto también ahora? ¡No me gusta la idea de creer que yo contribuyo a tener el mejor hombre del país en la presidencia, y que luego resulte que en la presidencia está el hombre que conviene a grandes intereses invisibles! ¡No me gustan las elecciones presidenciales!

—¡Bah, olvidémoslo! —sonrió Brigitte—. ¿No se te ha ocurrido que todo pudo ser un invento de Ronald Carslile para sacarle dinero a los chinos en gran cantidad?

—¡Pero los rusos no eran rusos, sino americanos!

—¿Por qué? Podían ser realmente rusos que hubiesen intervenido gracias a que algún chino traicionó al Lien Lo Pou. Pudo ser uno de los chinos que recibió el mensaje que Tom Piao envió por petición mía, citando a Yi King en La Grulla Verde. A partir de ahí, los rusos supieron la existencia de Tom Piao, y por eso fueron por él y luego siguieron en el asunto…, que puede ser muy bien un fantástico embuste ideado por Ronald Carslile para conseguir una buena cantidad de dinero de los chinos.

—Zambomba. ¡Me estás haciendo dudar!

—Lo cual te sentará bien —sonrió la divina—. Podemos…

—¡Un momento! Y si todo es como acabas de decir…, ¿por qué, desde la Central, te enviaron el falso informe, diciendo que Ronald Carslile no era tal, sino un ruso llamado Yehudi Chevenkof?

—Podría ser que la Central no hubiese mentido, y que aquel hombre fuese, realmente, el agente soviético Yehudi Chevenkof.

—¡Me estás metiendo en un lío! —aulló Minello—. ¡Ya no sé ni lo que es verdad ni lo que es mentira!

—Es mejor que lo olvidemos todo. Todo lo que tenemos que hacer, es convencernos de que todo va bien, y prepararnos para votar en las próximas elecciones presidenciales.

—¿Y si están trucadas?

—¡Qué tontería, Frankie! ¿Por qué quieres convencerte de algo que sólo habría de producirte tristeza? ¡Olvidémoslo! Además, ¿cómo podríamos saber la verdad? ¡Eso es imposible!

—¿Imposible? ¡Para ti no hay nada imposible!

—Te lo agradezco, querido, pero sólo soy una persona normal, de modo que algo habrá que sea imposible para mí.

—Estoy seguro de que si quisieras sabrías la verdad absoluta.

—¿Cómo podría conseguir eso?

—No lo sé. ¡Pero sé que lo conseguirías!

—Mira, Frankie, te diré lo que ha ocurrido: han sido eliminados unos agentes secretos chinos que habrían dado muchas preocupaciones si les hubiésemos dejado seguir adelante con sus planes. Eso es todo. Ahora, todo lo que tenemos que hacer es seguir viviendo tranquilamente en nuestro querido país.

—Pero…, ¿y si nos están tomando el pelo?

—¡Pero mira que eres pesado, Frankie! ¿Por qué no haces como yo, que ya he olvidado este absurdo asunto?

Este es el final

—¿Señora Carslile?

La señora Carslile asintió, mirando con agrado a aquella preciosa joven rubia de ojos verdes que tenía ante ella.

—Así es. ¿Qué desea?

—Bueno, señora Carslile —sonrió la preciosa rubia—, he estado varios días viniendo a su casa, pero no he conseguido encontrarla. Por suerte la he encontrado hoy, ya que esta misma tarde tengo que marcharme de Vero Beach, hacia el sur. Me parece que iré directamente a Miami.

—Ah… Bien… Bueno, la verdad es que no comprendo…

—Quiero decir que por poco pierde usted la gran oportunidad de suscribirse a mi revista, señora Carslile. Happy Women. Sin duda que ha oído hablar de ella. ¿Me permite pasar?

—Sí… Sí, pase. Pero, realmente, en estos momentos no me interesa ninguna suscripción, señorita…

—Connors. Lili Connors. ¿Vive usted sola?

Sarah Carslile miró a su alrededor, y una sombra de tristeza pasó por sus ojos. Se vivía tranquilamente allí. No le faltaba de nada, en aquella pequeña casita con jardín, relativamente cerca del mar. Veía el cielo azul, las flores, el sol…

—Sí —musitó—. Vivo sola.

Estaban ya en la salita. Lili miró atentamente a Sarah Carslile.

—¿La estoy molestando, quizá?

—No… No. Es simplemente que, como ya le he dicho, no me interesa suscribirme a ninguna revista.

—Bueno, lo entiendo. Y tengo por norma no ser pesada. Sin embargo, quizá si tiene alguna hija a ella le interesaría. ¿No?

—No tengo ninguna hija.

—Pues lo siento. Bien, no quisiera molestarla más… ¡Oh, qué hombre tan guapo! —Lili Connors se acercó a la repisa donde, en

un flamante marco de plata se veía la fotografía de un hombre—. ¿Es un artista de cine?

—No —susurró Sarah Carslile—. No, no. Es mi hijo.

—¿De veras? ¡Qué hombre tan apuesto e interesante! ¿Cómo se llama?

—Ronald… Ronald Carslile… Claro: Carslile… Pero ya no existe, señorita Connors.

—¡Oh!

—Precisamente he estado fuera estos días debido a su muerte. Un accidente.

—¡Cuánto lo siento…! Verdaderamente, he sido muy inoportuna al venir hoy. Parece un hombre muy inteligente.

—Sí… Lo era. Estaba ocupando un alto cargo en una gran empresa en Washington. Era abogado, ¿sabe? El hombre indispensable de la empresa, siempre lo hacían ir de aquí para allá, siempre viajando.

—Bueno… Sí, claro, cuando se viaja mucho es fácil tener un accidente. Oh, no quiero molestarla más, desde luego. Quizá pasé a saludarla en otra ocasión, señora Carslile. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Necesita algo ahora?

—No, no, gracias. Es usted muy amable, señorita Connors. Estoy bien. Es sólo que en ciertos momentos, a todos nos gusta estar solos.

—Lo comprendo.

Lili Connors dejó el marco en su sitio, tras contemplar todavía durante unos segundos la fotografía de Ronald Carslile, mientras musitaba, tan bajo que ni la señora Carslile pudo oírla:

—Adiós, Simón…

FIN